

Su sí se Sana, también

Susana Alicia Rosas López

Su sí se Sana, también

“Ya sé quién eres”, me dijo uno de mis primos más viejos señalándome con su dedo índice, “eres la Güera”. Al escucharlo no pude evitarlo y solté la carcajada, al tiempo que, también, señalándolo con mi índice, le decía: “Vaya que ha pasado el tiempo, primo, pero tú sigues siendo el mismo tonto de siempre”. La vulgaridad de 130 kilos comenzó a moderar su viejo lenguaje de alcohólico microbusero dejándose intimidar por mi carcajada. “Ay prima, tú sigues igualita, hasta te ríes igual, por eso me costó trabajo ubicarte, siendo la mayor tendrías que estar vieja, en cambio, te ves muy bien... te pareces a la Güera, entonces ¿cómo te llamas?”. “Susana –respondió otro de los primos–, ¿no te acuerdas que se llama igual que la tía?, y no es la mayor, la mayor es Beti”, prosiguió el hombre con su índice en los labios, pidiéndonos silencio.

Estábamos al pie del ataúd de mi padre, y una cosa eran las presunciones groseras de los hombres hablando de sus conquistas y otra que una de las hijas soltara la carcajada en pleno duelo... Sin duda, sólo yo, la insolente Güera, aquella niña a quien constantemente regañaban por inoportuna, podría discutir en pleno funeral aclarando su nombre. “Así es, la mayor es Beti, pero mi papá aquí presente me eligió a mí para conservar intacto el nombre de mi madre”, dije, por primera vez en mi vida, orgullosa de dar esta explicación.

Como respuesta a mis reclamos por los continuos fines de semana de fiesta alcoholizada, Fidel Rosas tuvo a bien darme una aclaración no pedida sobre cómo fue que optó por ponerme Susana Alicia, no sólo Susana, como le decían a mi madre, o Alicia, su segundo nombre inhabilitado, no, “tenía que ser Susana Alicia para que no te quede duda de que sólo eres hija de tu madre, sólo a ella perteneces, sólo de ella debes esperar atenciones, así es que deja de molestarme”. A mi hermana mayor, él también le eligió nombre, aunque, para amortiguar los malos sentimientos, mi madre me sostuvo casi siempre que como ella escogió el nombre de la primogénita, mi padre se salió con la suya al ponerle el nombre materno a la siguiente, o sea yo, como dicta la costumbre... Por supuesto, no

quedé satisfecha con la mentira, pues siempre anhelé tener mi propio nombre, mi propia identidad.

“Ya que no te gusta Susana, quédate como Güera”, me dijo con gran disgusto mi madre cuando un nuevo reclamo le hiciera. “Naciste rubia. Tu cabello, cejas y pestañas eran dorados, brillaban con la luz y combinaban con tu piel blanca llena de pelitos rubios. Si tu abuelo paterno no hubiera sido español, tu padre nos hubiera abandonado por lo güera que naciste.” ¿Por qué nos habría abandonado?, mi mente de niña que recién aprendía a leer y escribir no entendió tan amplios conceptos, menos cuando me vi en una foto a color con dos años de edad en donde no había ninguna rubia y en menos de tres años nacieron otras dos niñas también de piel blanca y cabello claro, ¿esas veces también pensó nuestro moreno padre en abandonarnos? Pero si nos abandonaba a las dizque rubias, ¿él se quedaría con las otras tres morenas? Ante la pregunta mi morena madre me mandó a callar con uno de sus peores modos.

A pesar de mis protestas, seguí siendo la Güera, pero me harté. No sé de dónde saqué el coraje, cuando cumplí 10 años me impuse la tarea de defender mi nombre. Si no protestaba, ya me vería a mis 50 o 60 años siendo La Güera, ¡nooo!, me daba miedo pensarlo. Además, ¡qué vergüenza pertenecer al grupo de los apodos!, eso sí sería peor que tener un nombre que no era mío. Como decía mi madre, de entre los males, el menor, por eso, defender una identidad, aunque fuera ajena sería mejor que vivir con un apodo. El principio fue difícil, por supuesto, los primos varones de ambas familias fueron quienes más se burlaron y encontraron pretextos para pronunciar el odiado Güera. Hasta mi padre llegó a decirme “qué delicadita me saliste” y cuando se emborrachaba optaba por un “oye güereja”; mi madre, de manera errada buscaba apaciguar las aguas con un “güerejita”, y yo lloraba de frustración ante una guerra que se adivinaba larga y muchas veces infructuosa. Reclamé, reclamé y reclamé hasta abandonar el llanto, por impotente, más como dice el refrán no hay mal que dure cien años –éste duró como dos–, y un día la divinidad me concedió la iluminación mientras esperaba una consulta médica. Llamaron y llamaron y llamaron a Arcelia hasta que la vocera leyó bien el nombre de Araceli; por supuesto, Araceli no había respondido porque no era ella a quien llamaban.

Bello descubrimiento, así yo en adelante, comencé a responder sólo cuando me llamaban Susana o Susi, también dejé en claro que Susanita era nombre de bebé y del personaje

de Mafalda que tanto me desquiciaba, así, no lo aceptaría. A lo largo de los años no faltó el tonto que me dijera Güera esperando mi enojo o la tía materna recordando la anécdota de que un día fui una bebé güera, mi rostro serio con mirada fija a sus ojos era suficiente respuesta merecida.

Haber defendido el nombre que figura en mi acta de nacimiento no me dio la identidad como ganancia. Lo que duré en primaria, *Suzanahoria* fue la mejor forma que encontraron mis compañeras intentando hacerme enojar, a veces lo lograban, otras sólo hacían cuestionarme aún más qué nombre me hubiera gustado tener... en realidad, no había nombre que me gustara... Alejandra, sí, ése habría sido un buen nombre. En respuesta, mi madre me decía que su marido quería ponerme Dorotea, como correspondía al santoral de mi día nacido... Nooo, ¡qué feo nombre! “Dolores te habría quedado bien”, decía mi hermana mayor, cuando me hice fama de enfermiza.

Con frecuencia la gente me decía Sandra o Sonia, quizás cualquiera de esos nombres correspondieran a mi identidad, pero no me sentía siendo ninguna de ellas. Me miraba al espejo y por años supe que, en realidad, no era cosa de un nombre, sino de encontrarme una identidad. ¿Quién soy?, ¿cómo me llamo?, me repetía constantemente a manera de broma hasta que apenas pocos años me di cuenta de que en verdad era un llamado a mí misma, a integrarme como persona, quitándome todas las expectativas que los otros me fueron creando con el tiempo, incluyendo mi propia niña rebelde y quejumbrosa.

Ahora he leído mucho respecto a las expectativas que se le añaden a los bebés al ponerles el nombre de otra persona. Es decir, todos tenemos nombres que nos identifican, pero poner un nombre pensando en una persona específica que lo poseyó resulta ser una gran equivocación y la manera más efectiva de imponer características y prospectos de vida. Es lindo leer de esa teoría, en cambio, dar fe de su cruel veracidad es otra cosa.

Eso de ser Susana chica, Susi chica, la hija de Susi, la hija de Susa me dio responsabilidades no solicitadas. Para empezar, aunque no fui la mayor, se me dio el trato como tal. La familia paterna y materna me daba su lista de proyecciones y responsabilidades adscritas a la hija mayor y se volvió normal ser la más responsable, la que se hallaba pendiente de la salud de la madre, de servir al padre, de atender a las

hermanas menores. Terminé siendo la más parecida a mi madre, aunque todos opinaban que en el modo enojón y los gustos era igualita a mi padre.

Para los demás se hizo natural pensar que sólo estudiaría hasta la secundaria o, si acaso, una carrera técnica para ayudar a mi padre a mantener a las hermanas, asistir a mi madre a atender a la familia y más tarde a mi marido para mostrar cuán buena esposa sería, igual que mi madre cuidando el gasto que le daba mi padre. También era natural pensar en que mis padres debían cuidarme celosamente, no fuera a ser que huyera, desagradecida, con el novio o saliera con “domingo siete”. Aunque igual y optarían por no presionarme demasiado para “no quedar a vestir santos”.

Todo eso lo decían delante de mí, pero hablando de alguien más. Susana hija no podía estar presente, aunque estuviera presente, porque Susana, mamá, estaba ahí y eso era suficiente para esperar repitiera la historia de éxito de madre siendo excelente hija, buena hermana, brillante empleada y, en su momento, abnegada esposa y madre. Quiero darme un tiro, pensaba en esos tiempos de mi no identidad.

En la secundaria intenté cambiar a Alicia, a mi madre le pareció buena idea y comenzó a familiarizarse con ello, casi de inmediato adoptó el gritarme Licha cuando estaba enojada, ahí me di cuenta que sería más fácil que me dieran una identidad no deseada... Licha... qué horrible apodo, y desistí. Cuando se lo informé a mi madre, contenta me dijo “no tienes cara de Licha, Alicia”. Admito que no le entendí.

Cuando a mis 15 llegué al CCH, mi mundo se abrió al descubrimiento continuo. Por fin encontré un lugar para decir “de aquí soy”. Mis compañeros eran todos mayores de edad, mis mejores amigos rebasaban los 20 y 30 años de edad. La suavidad en sus modos para dirigirse a mí eran proporcionalmente equitativos para reconocer mi inteligencia y dedicación al estudio. Mi mejor amiga me doblaba la edad y para dejarlo bien claro tenía a bien decirme *Susita* con un gran cariño que me hizo sentirme, como nunca antes, querida y respetada. Un tipo muy adulto la regañaba con un falso “deja de consentir tanto a la niña, dile bien por su nombre”. Y yo soltaba la carcajada. Niña, él muy adulto diciéndome niña con la única intención de dejarme fuera de su “Club de Toby”.

Un día, sin pensarlo, se lo dije: “Tienes razón, soy tan Susita como niña, así es que Susana, tu compañera de clase tiene derecho a sentarse donde quiera y participar en los grupos de discusión que se le dé la gana”. El pobre tipo ya no volvió a correrme de

ninguna plática, si no estaba de acuerdo con mi presencia, era él quien tenía que marcharse. Pero cuando estábamos solas, Susita aceptaba el cariñoso nombre de parte de su querida amiga. Lástima que las circunstancias llamadas Mi Voluntariosa Madre hicieron me cambiaran de turno y me alejé de mis queridos amigos que con respeto buscaban la ayuda de Susi para sus tareas. Ya en el turno de la mañana, cerca de gente de mi edad, volví al ninguneado anonimato.

En la universidad, una de mis mejores amigas redujo su larguísimo a nombre a Zu, cada vez que hacíamos un trabajo juntas y nos presentábamos, invariablemente se reían y nos decían Zu-y-Su. Ella era alta, robusta, bonita, de nariz refinada, simpática y extrovertida, en cambio, mi delgadez y falta de belleza extraordinaria quedaban rezagadas a sus espaldas, en serio, con ella casi no me veía... pero me veía. De manera graciosa, aunque la gente olvidara mi nombre y sola por la calle no me reconocieran, en cuanto aparecía con mi amiga, no faltó quien me dijera que se notaba yo era el cerebro de aquella asociación, y eso me gustó. Me gustaba me reconocieran inteligente sin importar el contexto.

Aunque a mi padre le gustaba burlarse cuestionando mi inteligencia, y cuando podía me decía "Güerejita Horrorosa" sólo para hacerme enojar. Mi mamá de plano me dijo que era raro decirme su nombre completo, así es que ella quedaba como Susa y yo, Susi, porque además, Susi era nombre de niña, de adolescente, de mujer joven y ella ya estaba vieja. Imagina de nuevo mi cara de no entendí.

Tengo un rostro fácilmente olvidable y mi nombre, tantito más, fue mi mantra durante años hasta que dejó de importarme... aparentemente, porque en cualquier momento recordaba buscar la causa de que fuera persona tan poco recordable. Era casi invisible y sin nombre; por ejemplo, en mi primer trabajo formal me platicaron que mi jefe me dio un reconocimiento público en junta de mandos medios porque según quien hacía la síntesis informativa había logrado hacer de un trabajo simple y común, uno de verdadero archivo periodístico, pero no pudieron darle mi nombre porque nadie logró recordarlo. "Oye, ¿cómo te llamas? El director preguntó por ti, pero se nos olvidó tu nombre... jajaja..."

¡Qué feo!, eso dolió, pero no encontraba la manera de hacer me recordaran. Un par de años después, cuando por fin logré publicaran un texto mío en otro trabajo, mi jefe muy

amable me preguntó cómo quería firmar. Vaya dilema, era el momento de brillar, necesitaba un nombre, uno impactante, recordable, corto, fuerte y ¿sexy? Mi sueño quedó roto de tajo: “No admito seudónimos. ¿Quieres aparecer como Susana Rosas o Susana Rosas López?”, me adivinó el pensamiento tan prominente intelectual. “Susana Alicia Rosas”, contesté decepcionada, pero segura de que suficiente era llevar el nombre de mamá como para también presentarme tan públicamente con todo y su simple apellido. Además, Rosas siempre me gustó.

En ese momento pensé que Alicia Bello habría sido una buena opción con todo y el riesgo de seguir llevando a mi madre a cuestas, pero al menos lo habría elegido yo, no mi padre. Romper con su legado habría sido interesante, ver su inamovible cara de enojo una vez más, pero fue ilusión momentánea, una que de cualquier manera no habría durado porque también era un apodo, y a mí me sacan de quicio los apodos.

Me gustó ser Susana Alicia Rosas, de esa manera la gente se grababa el Susana, quizás por flojera a seguir escuchando lo siguiente. Claro quedaba que no podía tener tres nombres, así es que dejaron de asociar el Rosas con Rosa, entonces me ahorré se equivocaran de esa manera. Fue una buena época profesional la que viví siendo Susana Alicia Rosas, disfrutaba mi identidad ganada de comunicóloga por la UNAM. Llegué a pensar que nunca dejaría de llamarme justo así, siendo libre, sonriente, cuestionadora, energética, coqueta, sexy, rebelde, independiente, disruptiva de la vida familiar y tendría tiempo suficiente para forjar ese nombre como uno de largas perspectivas. Pero la maternidad me cayó de sorpresa, me emocionó la posibilidad y no quise desprenderme de ella.

Así como no me gustan los apodos, crecí con la firme convicción de no añadir ningún otro apellido a mi largo nombre. Suficiente tenía con la carga paterna como para adoptarme otro. Además, ¿qué es eso de ser la señora de? Me casaría y adoptaría el apellido de mi marido sólo si y sólo si él, en igualdad de circunstancias, adoptara el mío. Y como eso pinta a nunca suceder, entonces, fácil, no me caso.

Con la llegada de los hijos, bien lo dijo una amiga, dejas de ser tú, dejas de tener nombre para pasar a ser la mamá de, y entonces pasé a llamarme la mamá de Sebastián y de Sofía. Curioso, esto nunca me molestó, aunque tuve a bien presentarme e insistir me llamaran por mi nombre con nulo éxito, junto con ello, la simple mamá se volvió empleada

bien portada detrás un escritorio. Entonces, con todo y el enamoramiento que me provocaron estos hijos míos de tan sólo saberlos en camino, me volví una completa madre aburrida, gritona, gorda cuasi amargada, que iba de su casa a la guardería, de la guardería al trabajo y del trabajo de vuelta a la guardería para llegar a casa a ser toda una madre/ama de casa. Sí, así, con toda la falta de sinónimos en esta oración.

Siendo madre me olvidé de Susana Alicia Rosas, y la sencilla Susana simple se volvió, escondiéndose del mundo que le recordara su pasado, uno que había retratado a estilo personal glorioso, aunque tuvo que seguir luchando porque recordaran su rostro con nombre. ¿Quién soy? ¿Cómo me llamo? se convirtió en una búsqueda más apremiante, medio en broma, medio en serio, me lo preguntaba para ver si salía de mí alguna otra persona olvidada. Alguien a quien fuera fácil recordar, que pintara a inteligente, a ser amada, a ser amable.

Susana en voz del marido hecho padre sin planear se volvió dura, intransigente, desdichada y oculta en modos automáticos de resolver los planteamientos de la vida diaria. Susana se volvió grito y reclamo por el éxito perdido y la falta de fama consolidada. “¿No que tan inteligente?”, ya no fue la burla repetida en mi infancia en voz de mi padre, el cuestionamiento pasó a labios de un marido que no alcanzó a mostrarse pareja de la mano de los hijos y cambió a un papel de hijo adolescente chupando la teta de una no madre sorprendida. Y de pronto Susana perdió identidad huyendo en busca de una salida hasta que, sin tiempo para la planeación, tomó carretera hasta encontrar la entrada a una nueva vida.

Alguna vez escuché la poética frase de “lanzarse al vacío”, y como caricatura de una mala realidad me lancé. Huí de tan accidentada mala adopción dejando atrás mi ciudad y, con ella, cualquier trabajo que diera cuenta de una profesión elegida por vocación. Creí que si mi rostro y mi nombre eran fácilmente olvidados por los demás, yo también podría olvidarme de quién había sido, a quien había forjado con esfuerzo y dedicación en un pasado que se antojaba distante en el transcurrir de dos bellos infantes. Peor error no pude haber cometido. Fallé. De ninguna manera pude convertirme en una simple empleada-ama de casa desafortunada y oculta en un rincón de nueva ciudad mocha e hipócrita.

Simplemente no pude dejar de ser quien soy con todo y lenguaje que a muchos le suena complicado. Extrañé sobremanera dudar, poner en duda y dejar en otros la duda. Me perdí, afortunadamente de manera intensa, pues así fue durante poco tiempo. Un par de años fueron suficientes para adentrarme en un oficio que convertí en profesión. Aprendí que sí, soy complicada, sólo por eso no pude mantenerme en la repetición continua de una rutina de masaje con sencilla técnica descontracturante bajo la supervisión de quien me prometió un ingreso continuo en acreditado consultorio de rehabilitación con infraestructura puesta para quien no preguntara nada ni permitiera preguntas de nadie, ni siquiera propias.

Cinco meses fueron suficientes para aprender a aprehender la atención de cuerpos lastimados por sí mismos o por haber aceptado capítulos escritos por otros. El carácter de Susana se fue suavizando conforme avanzaba en la dureza que fueron adquiriendo sus propios músculos. El dolor emocional comenzó a dar paso al dolor físico, producto del sobre esfuerzo al tratar cuerpos adoloridos, cansados, lesionados, accidentados, crónicos, agudos, graves, desilusionados, desesperanzados, deshabilitados, ignorantes, ignorados. Tanta incomprensión sólo tenía una salida: buscar maneras de encontrar salidas, así, en redundancia, repetición y contradicción continua.

De nuevo despidieron a Susana de un trabajo por estar fuera de lugar. De nuevo quedó en casa desierta, con el miedo de no saber qué más hacer, hacia dónde mirar, incapaz de salir corriendo sin pasar frente a la mirada de dos pares de ojos brillantes confiados en que su madre les prestaba su abrazo para mimarlos. Y volví a la única identidad que me diera certeza, la de ser madre, una que no había sido completamente amorosa y solidaria. Entonces, me propuse asirme al único nombre cierto que había tenido: mamá. ¿Quién soy?, le pregunté un día a mi hija de tres años, “mamá”, me respondió con su explosiva sonrisa que me derretía. “No, me llamo Susana”, le corregí, pero ella insistió “te llamas Mi Mamá”.

Al menos en ese momento, difícil sería cambiar el único nombre certero, me lo acomodé de tal manera que no se cayera y me adopté a mí misma como masajista, por primera vez me puse un apodo y adjetivo. Susana Rosas Masajista, comenzó a ofrecer servicios que no fueron bien vistos en aquella ciudad castrante, pero oh sorpresa, en mi antiguo territorio comenzaron a aceptarme sin duda, sin olvido, recordando claramente la fuerza

de mis manos que desembocaban en un rostro cuando me re-conocían. Y entre idas y venidas de una ciudad a otra, encontré el apoyo de mi hermana menor –la misma que lleva la Luz en su nombre– quien paciente atestiguó la transformación de la que tuvo a bien informarme.

–Ahora entiendo tu nombre. Susana. Su, sana. Su sana. ¿Te das cuenta?, nuestros padres no se equivocaron, te dieron un imperativo, además del sujeto y predicado en un solo nombre. Te adivinaron el futuro. Hoy es tu futuro. Eres sanadora, tu propia sanadora, la sanadora de otros. Sana sana colita de rana, tú sanas hoy, a otros sanarás mañana. Ese día amé un mucho más a mi hermana. Me lo dijo de una manera tan bonita que me la creí. Cambié algunos libros de literatura y periodismo por manuales de masaje y anatomía, simples lecturas del mundo etérico, sencillos comunicados sobre humanidad y frases cortas con las cuales otros pudieran identificarse sin mis complicadas formas. Comencé a olvidar los tecnicismos y los cambié por explicaciones simples. Saqué a pulir mis trancos aprendizajes de psicología y me propuse aprender comunicación sensorial de un cuerpo a otro, además de observar situaciones comunes que me sirvan de metáforas para explicar lo que hago en cada cuerpo que toco. Y tocarlo para que se encuentre a sí mismo.

Sin mayores conflictos adopté el nombre descubierto por mi hermana menor, me gusta, me identifico con él, aunque a veces me acuso de pretenciosa y presumida con falta de humildad, pero no tanto. Estoy segura de que Susana, Su Sana, Su ¡sana!, Su, Susa, Susi, Susanita, Susita, no son suficientes, tengo la impresión de que algo más esconde mi nombre.

Quizá sea que Alicia sigue en desuso, y también ella tenga algo que decir. O tal vez sólo olvidé a mi sobrino mayor diciéndome Susisana cuando apenas aprendía a hablar. A lo mejor mi madre ya no está enojada y acepta que Alicia también vivió con nosotras. Podría ser que mi padre ya es capaz de mirarme como su hija, sin dudas, y aplaudirse el acierto. Susana Alicia es el nombre que me pusieron mis padres. ¿Cabe la posibilidad de que en algún punto del Universo yo los obligara a recordarme un camino que habría de olvidar ante el glamoroso mundo de la pregunta constante que me daba el periodismo? Cada cuerpo es un libro abierto, dispuesto a contarte historias inigualables, escritas con estilos distintos, que también requieren corrección y de una impecable edición para prestarse a

ser descubiertos, pero antes a mí me gusta lanzarles preguntas y propuestas para ayudarles a recordar su propia claridad. Cuando eso sucede, mis dedos por fin teclean las formas en que he de acomodar cada hilo de su historia con un poco de energía Susanezca para darle ilación a sus tejidos.

El reflejo de otra historia

¿Tengo que mirarme al espejo y esperar a decirme algo? Poco atractiva me parece la idea.

Me lavo los dientes y me tropiezo con la imagen que se refleja en el espejo. Oh, cierto, soy yo. Me miro ahí cuando recuerdo que si no lo hago podría lastimarme los labios al hacer tropezar el cepillo debido a la fuerza y velocidad que ocupo. Mirarme me obliga a ir despacio. Entonces ocupo la técnica que me enseñara la dentista para cuidar de mis encías y dientes imperfectos en estética y salud. Aprovecho para revisar mi ojo que aún no sana de las perrillas y alcanzo a pescar un cabello más largo que el resto; lo corto, pues cuando me peino me provoca la obsesión de jalarlo apenas lo toco.

Me observo, preguntándome si tengo algo que decirme. Ciertamente importante es actualizar las cuentas de gastos y pasárselas a mis hermanas. Voy a hacerlo. Tecleo números y les doy forma. Termina y corro al espejo que comparto con mis pacientes. Tengo que hacer mi tarea. Llevo días corriendo de un lado a otro sin haber comprendido cuál será el objetivo de mis letras. Dejo el espejo para buscar el documento. Lo leo y hago el recuento. ¿Cuántos espejos hay en casa? El del baño es el único puesto en un lugar práctico para verse, los otros tres estratégicamente mal colocados son un adorno en desuso.

Mi madre conservó hasta su muerte el tocador de recién casada. Me gustaba el espejo, abarcaba todo lo ancho del mueble y siempre era posible tener un hueco para peinarnos todas a la vez antes de salir a la escuela. Era necesario también para mirar el largo de la falda o buscar no se notara la ropa interior o evitar se nos saliera el fondo. En la repartición de sus bienes, una de mis hermanas se lo llevó a su casa y por única ocasión lo vi vacío y limpio. La última vez que visité a esta hermana me tomé una foto estando yo sola frente a él, mi imagen salió nítida, pero sólo me llamaba la atención las figuras que lo adornaban a él, buscando el reflejo acostumbrado de mis hermanas.

Los espejos nos ayudan a conocernos, dicen. Al menos, para tener idea de cómo somos físicamente. Pero dudo un espejo me permita hacerme preguntas, no, ver mi imagen me distrae. Por supuesto, a veces me gusta lo que veo, a veces, no. Supongo tiene que ver mi mala visión. Tengo que acercarme muy de cerca para verme, más aún si busco algún detalle, así es que lo utilizo sólo lo suficiente para ver que no tenga nada gravemente descompuesto. El “¿cómo me veo?” entre hermanas era lo más confiable para arreglarse

el peinado, cambiarse la ropa o esconder el sentimiento. Ahora el “¿vas a salir así?” de mi hija es la alerta para modificar los detalles de la presentación.

Mirarse al espejo es necesario también para el maquillaje, pero como casi no lo uso, entonces casi no necesito de un espejo. En alguna época me fue necesario maquillarme a diario para ocultar el cansancio; para no perder el tiempo, aprendí a ponerme el rímel y el labial a tientas, literalmente, atinándole a cada pestaña para que quedara pareja la pintura. Aprendí a delinear mis labios con los dedos para borrar las manchas que salieran de la líneas naturales. Y calculaba la cantidad precisa de rubor para colorear mis mejillas. Todo sin la necesidad de usar el espejo.

Aunque una vez el espejo me salvó de un secuestro. Recién el día anterior una compañera de trabajo me platicó de las señales que ignoró en su viaje en taxi, señales que le fueron indicando que algo estaba mal y debía salir corriendo. Lo dejó pasar; la pasearon por horas mientras le quitaron todo lo que llevaba y la soltaron hasta que vaciaron sus tarjetas. Repasó en voz alta los detalles que después me servirían para alertarme de lo mal que empezaba a estar todo.

Lo que me puso en alerta fue el hedor del taxista. No que no me hubiera saludado, tampoco que siendo un vocho casi nuevo, tuviera los cables del radio como si hubiese sido arrancado, tampoco que la foto de identificación estuviera cubierta por el clip que la sostenía al espejo retrovisor. Llamó mi atención que el taxista mirara insistentemente ese espejo retrovisor y los espejos laterales. A través de ellos miraba hacia atrás y hacia los lados. Ambas ventanillas delanteras completamente abajo, una vez que yo subí. Su brazo izquierdo siempre colgando hacia fuera. Lo observé y el espejo reflejó hacia mí los movimientos que hacía con su mano.

Saqué mi pequeño espejo, ése que rara vez usaba, y me dispuse a retorcarme los labios y arreglarme el cabello. En realidad, busqué lo que el taxista miraba y los vi. Un auto blanco con dos sujetos a mi lado derecho, un auto blanco con dos sujetos atrás nuestro y un taxi a su lado. Entré en pánico. Eran demasiados. Pensé en mi marido internado en el hospital, en mis hijos en la escuela sin que nadie más pudiera ir por ellos, pues mi madre estaba enferma y la única hermana disponible la cuidaba, por eso no había un tercer número telefónico en los archivos de la escuela. Peor aún, nadie de mi familia se enteraría de mis hijos abandonados. Por si fuera poco, llevaba sólo lo indispensable para

pagar el viaje en taxi, no usaba tarjetas de crédito ni llevaba nada de valor, salvo mi vida, que a estos tipos no les importaría. Eso los haría enojar y quién sabe cómo querrían desquitarse. No, eso sonaba muy mal. Esa situación no podía pasarme.

Literal, ahí fue cuando comencé a creer en los milagros.

Con calma guardé mi espejito. No se justificaba que lo estuviera usando. Ya había identificado a los individuos. Respiré profundo tragándome el terrible olor que emanaba la adrenalina del sujeto al volante. Observé. Justo adelante había una desviación que seguro tomarían los secuestradores, adelante, terrenos baldíos y avenidas desconocidas. Pedí por el bienestar de mis hijos y se me concedió una oportunidad única. El chofer se pasó la preventiva y el semáforo en rojo detuvo a sus amigos, así es que obedeció a mi sorpresivo “deténgase frente a esa tienda, por favor”. El tipo se orilló y yo bajé con fingida calma hacia la tienda, pero en un instante cambié hacia la sastrería de al lado, ahí había tres hombres con agujas y tijeras.

Los ataques de ansiedad vividos en el pasado me enseñaron que ante la tempestad, mantenerse tranquila, hablar claramente y sin miedo es la única forma de lograr ayuda, así lo hice. “Disculpen, creo que el taxista que me está esperando quiere secuestrarme. Lo vi haciéndose señas con otros tipos que van en autos blancos y en otro taxi.” Frente a mí, había un gran espejo a través del cual yo veía al tipo adentro del auto y veía que éste me veía también, así es que yo sonreía y hablaba como si conociera a los hombres del lugar.

Uno de ellos, el que se encontraba fuera del reflejo me pidió conservara la calma y siguiera hablando. Le pidió a uno de los jóvenes que estaba enfrente de mí, me enseñara una tela y al otro hombre que sacara un bat, preparara tijeras y abriera la puerta en cuanto se lo indicara. Me pidió sacar de mi bolsa el dinero exacto para pagar. Yo tendría que ir hasta allá a dejar el dinero y regresar sin mirar atrás, ellos me estarían cuidando, mirando por el espejo.

Lo hice. Tomé por sorpresa al hombre cuando le entregué el importe del servicio. Ahí fue cuando la vi, junto a la palanca de velocidades sobresalía la cachea de una pistola y sobre sus piernas había una red negra. Por un momento quise correr en sentido contrario y perderme entre la gente, pero había dejado mi bolsa en la sastrería y alcancé a ver los autos blancos estacionados metros atrás. Regresé al local y me senté mirando el reflejo

del espejo. El hombre se bajó, parecía molesto, hizo señas hacia atrás, volvió a subirse al auto y arrancó.

Uno de los jóvenes de la sastrería me pidió me moviera fuera del rango del reflejo del espejo, eso obligó a que un tipo que bajaba de otro taxi se inclinara para verme, mientras se dirigía a la tienda. “La está esperando. Ha de creer que necesitará otro taxi. Tome ese saco y pruébeselo”. Agarré una prenda que tenían a medio hacer y con cuidado de no pincharme, me lo puse. Estaba sumamente nerviosa. Hacía diez minutos yo tenía que estar en camino para recoger a mis hijos de la escuela, llevarlos a casa de mi madre, comer algo y salir disparada a los informes del hospital acerca de mi marido, luego regresar por mis hijos, llevarlos a casa, prepararnos para el día siguiente y hacer el trabajo pendiente de la oficina. Quería llorar, pero la imagen que me devolvía el espejo era el de una mujer blanca como el papel, pero en completa calma.

El hombre del taxi se asomó discretamente tras la vidriera, como me vio con la prenda, hizo una señal hacia atrás, se subió a su taxi y se fue. Tras él vimos pasar dos autos blancos. “Quítese eso y vamos”, dijo el hombre que me pareció era el jefe del lugar. Tómeme del brazo, camine rápido y suba al camión que yo le indique. Caminamos hacia el camión que estaba al frente, pero casi al subir me jaló hacia el siguiente y de inmediato hacia el segundo carril trepándome de un salto en uno que había iniciado su marcha. Ni las gracias pude darle, pero por el espejo retrovisor vi que no se movió hasta perderme de vista.

Me bajé más adelante, pues ni era mi ruta y por la hora mi única alternativa de llegar a tiempo era tomar otro taxi. Con mucho miedo, le hice la parada a uno, pero a los pocos metros un “deténgase, olvidé mi monedero”, obligó al taxista a detenerse y recibirme las monedas que saqué de mi bolsa, fingiendo que con dificultad las había reunido. El hombre estaba molesto, pero no dejaba de mirar su espejo retrovisor desde que yo me subiera, lo cual de nuevo me puso en alerta. Al bajarme corrí hacia atrás logrando ver el mismo auto blanco que anteriormente me siguiera. De inmediato paré una colectiva y minutos después en un sitio más concurrido de nuevo tomé taxi.

Esta vez el chofer me saludó, ignoró los espejos, mantenía sus dos manos en el volante cuando no tenía que usar la palanca de velocidades y su ventanilla estaba arriba. Le comenté que iba tarde por mis hijos y, muy amable, manejó tan rápido como pudo sin

mirar atrás, sin hacer señas extrañas, escuchando su radio y tratando de hacerle la plática a una mujer que sólo quería estar con sus pequeños. Lo logramos, sólo cinco minutos tarde, y de ahí, en el mismo taxi, a casa de la abuela, en donde dejé claras instrucciones de que regresaría por ellos.

Desde entonces, si pongo atención en los espejos de los autos, éstos me recuerdan el olor a la adrenalina.

A la fecha, suelo mirarme poco en los espejos, no es que lo evite, simplemente carece de atractivo. Poco aporta usarlos varias veces al día. Menos aun cuando invariablemente encuentro quién me diga si me veo bien o mal, cansada, aburrída, triste, tranquila, enojada... y yo misma me conozco bien esas expresiones sin tener que mirarme en un espejo. Sé, por ejemplo, que años ha mis labios se bordearon hacia abajo y se requiere de arrancarme tremenda sonrisa o carcajada para hacerlos virar hacia arriba, esto hace que las bolsas en mis ojos se vean más voluminosas y que las arrugas queden bien marcadas.

Tampoco necesito un espejo para saber cuándo he sobrepasado mi peso ideal, pues hace tres embarazos lo perdí, junto con la esperanza de volver a recuperarlo. Ahora me conformo con mantener bajo cierto límite el exceso de curvas mal acomodadas. Por falta de uso, perdí la habilidad de maquillarme a tientas, así es que cuando debo hacerlo, el espejo me dice que ciertamente el color en mi rostro le cae bastante bien, sobre todo para cubrir esos pelitos blanco que invaden mis cejas o para evitar el excesivo pálido en mi rostro cansado.

Por lo demás, acomodarme el pelo con las manos adivinando su orden es de lo más práctico que me sigo encontrando. Al fin y al cabo, mi hija es el ojo observador más sincero que me corrige la presentación de cómo han de mirarme la estética los demás. Y para hablarme a mí misma, no necesito un espejo que refleje mi propia imagen, mi imagen poco me interesa cuando interrumpen esos pensamientos de mi propia búsqueda entre los demás.

Cierro mis ojos y me pregunto ¿en qué cambiaría yo si en este tiempo presente me mirara frente al espejo sólo por curiosidad? Observo. No recuerdo ninguna imagen mía frente a un espejo... Pero sí, tengo una, aquella frente al tocador que era de mi madre.

El objeto es hacerlo fácil

Miro a mi alrededor y veo muchas cosas. Hay quienes tienen más, pero en orden. De quienes tienen lo justo también se nota. En mi caso, no tienes idea de cuánto me cuesta deshacerme de cosas. Es muy, pero muy... en serio... muy fácil llenarme de las pequeñas cosas que “algún día puedo ocupar”. Comprar, aceptar regalos, intercambiar lo que sea y llegar a casa con algo bonito, útil, barato, único, original, usado, práctico, solidario, lastimoso, alegre... Y, al final, ni siquiera puedo decir que tengo combinaciones prácticas y lindas.

Lo peor son los libros, siempre habrá uno que me guste, aunque a veces ni siquiera piense sacarlo de su retractilado. Son bellos los libros con sus atractivos nombres, pero recién he repartido cajas llenas con ellos porque el final del día, ya leo poco. También me sucede con los estambres y utensilios de cocina y cosas para costura. Dinero mal gastado, lo sé, tiempo desperdiciado y la obsesión de todo queda en un pésimo objetivo mal planeado.

Admiro a esa gente que simplemente echa todo, grande y pequeño, a una bolsa y ésta la tira a la basura. No puedes hacer esto con lo que sirve, me digo a mí misma justificando quedarme con lo que tiempo después sigue guardado, pero me han dicho “los mercados de pulgas existen por todos los tesoros que se encuentran en los tiraderos”, así es que no todo estará perdido.

Desde que me di cuenta qué tan rápido crecen los hijos hay un objeto sin el cual me es difícil vivir, pues me ayuda a gestionar las labores maternas con las del hogar, el trabajo y la creatividad. En verdad mi alegría depende de él, a pesar de que su gran tamaño ha sido un obstáculo en la búsqueda de departamentos en renta. Espero su vida útil se prolongue durante muchos años más, y estoy segura de que lamentaré cuando debamos separarnos. Jamás pensé decir esto de un objeto, pero lo aprecio mucho.

Llegó a casa hace más de 15 años, recuerdo haberla encontrado en las mejores condiciones de compra por aproximarse el Día de las Madres. En ese entonces mi historial crediticio era de lo mejor y de inmediato me gestionaron una tarjeta nueva para aprovechar las distintas promociones a las que me hice acreedora en ese lugar. Debo decir que me sentí muy afortunada porque sólo así pude llevarla a casa.

Me tomó una semana recorrer distintas tiendas y preguntar por tamaños, capacidades, ahorros de agua y energía, por supuesto, afines al precio y la forma de pago ajustados a mi posibilidades. Desde el principio me interesé por las novedades de la tecnología y encontré buenos explicadores sobre las últimas generaciones llegadas a nuestro país desde la lejana Asia.

Mi madre tuvo por años una chacachaca de remolino en donde tallaba la ropa previamente remojada para sacarla conforme podía enjuagarla, exprimirla y tenderla. Primero iba la blanca, en el agua que quedaba seguía la de color y, por último, la oscura. Por sobre todo, cuidaba la cantidad de agua usada, así es que el sistema de lavado se ajustó a un procedimiento que evitara su derroche ante la cotidiana escasez padecida durante años en aquel hogar.

Con el tiempo, la chacachaca demostró que no se podía confiar plenamente en ella, pues la ropa enredada en sus aspas evitaba el tallado del resto; además, había roturas en la ropa y coserlas quitaban tiempo preciado. Cuidar a seis pequeñas nunca fue labor fácil para una obsesiva mujer convencida de que la mugre no cabía de ninguna manera en las prendas de uso. Por eso, siempre había mucha ropa por lavar.

La paz llegó momentáneamente a casa cuando una de las tías maternas cambió su pequeña lavadora centrífuga por una de reciente generación y nos regaló la usada. Mi madre se tomó su tiempo para aceptarla, era orgullosa la mujer, y sabía que junto con el aparato tendría que aceptar las recias críticas de sus hermanas respecto a la forma en que vivía, respecto al marido que conservaba y, en consecuencia, sobre sus sueños echados al caño... los montones de ropa que a diario se apilaban, la convencieron de aceptar.

Mi madre era experta en encontrar los peros de la vida, así, el primer pero de la lavadora fue que no permitía gestionar el ahorro de agua de la manera acostumbrada, pues la puerta al frente tenía que estar siempre cerrada. En realidad, eso implicó que mi padre hiciera una nueva instalación para hacerla funcionar como se debía... Y que mi padre armara una instalación correcta, eso sí estuvo "en chino". Al final, quedó una instalación y la lavadora comenzó a funcionar por sí sola... bueno, las dos hijas mayores fuimos las encargadas de bajar, desenrollar, conectar, desconectar, enrollar y guardar mangueras que iban desde un extremo del pequeño patio a la azotea o viceversa, según el estado

de ánimo de nuestro padre que siempre tenía alguna parte de la casa en reparación. La logística nos duró un par de años, un día el aparato simplemente dejó de funcionar y no hubo dinero para echarla a andar nuevamente.

Podría decir lastimosamente que madre e hijas volvimos a los lavaderos, pero en realidad la lavadora descompuesta nos obligó a ser más organizadas para ganar el mejor turno en eso de la tallada. A todas nos daba mucha flojera preparar las condiciones de uso de un aparato que en estricto orden sólo teníamos que enchufar, apretar botones y usar. En nuestro caso, no fue así, por supuesto; sin duda, mi padre no creía en las modernidades de la vida y mi madre no tenía fuerzas para luchar por ello.

Lavar a mano nunca fue una carga. Era tan cotidiano hacerlo, tan fácil imitar el sistema impuesto por mi madre, que el tiempo en las distintas azoteas de donde viví se pasaba volando. El conflicto real era hacerlo a tempranas horas de la mañana y que no te ganara la lluvia. Es más, de mi madre también aprendí que sacudir insistentemente la ropa mojada y después húmeda, te ahorraría horas con la plancha. Al descolgarla, sólo la doblabas correctamente y ¡a guardarla!, cosa que con esa lavadora no podías hacer.

Años después, viendo un buen número de modelos exhibidos, llamó mi atención esta belleza por su gran tamaño junto con distintas capacidades de ahorro. Además, como dije, por ser el mes de las madres las ofertas estaban en su máximo esplendor. Así, me di mi regalo de 18 meses sin intereses más el 20% de descuento sobre el precio de lista más el 10% por estrenar mi recién adquirida tarjeta. Todo ello por una maravillosa máquina que debía durarme por lo menos 10 años de actividad ruda y constante. Y vaya que le he dado uso. Con decirte que hasta las cobijas y cortinas caben muy bien en ella. Si mi destino hubiese sido otro, bien pude dedicarme a lavar ajeno, pero como mi camino está trazado, de ninguna manera pudo haber sido cierto... Odio las mugres ajenas y, además, soy floja.

Mi enorme lavadora es excepcional. Aunque aún es posible hallar el mismo modelo, ya no las venden de tamaño excepcional. Me parece lógico, pues resulta complicado quepa en cualquier sitio. Me ha tocado tener que quitar las puertas para que entre y salga. Pequeño detalle del que me di cuenta hasta que llegó de estreno y no cupo en el lugar destinado para la máquina de lavado, así es que tuve que acomodarla y conectarla desde el comedor, haciendo toda clase de malabares para un uso efectivo.

En cada mudanza ha sido el objeto más pesado y de difícil manejo, pero ya instalada es una maravilla de ayuda. Es tan fácil de usar. Ahorra agua, no maltrata la ropa y le caben varios kilos a la vez. La ropa sale bien exprimida con escasas arrugas y en tiempos de mucho frío he usado su secadora integrada. Aunque trato de no usar mucho el calor porque me he dado cuenta de que hay ropa que se encoje.

He vivido sin televisión. He dormido en el piso o en un sillón. He comido con mi plato en mis piernas mientras trabajo. También he caminado horas de ida y vuelta del trabajo por no poder subirme a un transporte. Todo podría hacerlo de nuevo, pero lavar a mano los montones de ropa que se juntan cada semana, eso, ya no me es posible repetirlo. Cargar las cubetas pesadas de la ropa en remojo, exprimirla y tenderla en lo que representan horas de trabajo ya no va conmigo. Aunque, si fuera el último recurso, por supuesto lo haría, pues tampoco soy de ir a la lavandería, pero evito pensar en tan lamentable obstáculo cotidiano.

De todo lo que la modernidad nos ha dado, me quedo con mi lavadora. Puedo decir que amo la tecnología que nos facilita la vida para, llegado el momento, echarme sobre mi espalda a simplemente mirar en el techo la película de mis pensamientos. Entre menos trabajo tengo en mi vida cotidiana, más cotidiano se vuelve echar a volar mi imaginación. Aunque sea que sólo escriba líneas etéreas dentro de mi cabeza... ¿me explico?, aunque sólo pierda el tiempo por el arte de no hacer nada.

Varias veces he dicho que yo estudié una carrera porque soy pésima ama de casa, y es verdad. Mi casa nunca está totalmente limpia. Tardo horas en hacer hasta lo más simple, pero lo más simple es decir que soy floja. Por eso, tener objetos que faciliten las labores del hogar es una maravilla que agradezco. En lo que respecta a mi bella, percutida, enorme, ahorradora y eficiente lavadora, ha sido la mejor elección hecha por mí misma en muchos años.

También eso aprecio de ella, que el tiempo invertido para elegirla haya sido el mejor de mis aciertos para mi mayor beneficio en el transcurrir de los distintos cambios de casa, oficios y vida, una vida llena de flojera lavando las mejores ideas que da la imaginación.

Si no me distrajera tanto, sabría a qué he venido

Por supuesto que en ese momento no me di cuenta del gran regalo que estaba recibiendo y, al mismo tiempo, cual dramática soy, comenzó mi sufrimiento en la vida. Aprendí a leer, escribir y hacer cuentas elementales a los cinco años de edad junto con mi hermana mayor. Lo natural era seguir siendo su compañera de aula, pero el protocolo oficial de tener seis años cumplidos para entrar a Primaria impidió que la acompañara, así es que repetí un año escolar en el mismo sitio. Luego, cuando pude ir a la misma escuela de mi hermana, no fue junto con ella, así, repetí casi la misma historia, y ésta se tornó muy aburrida en Primer Año. Entonces, platicar con mis compañeras fue lo mío, pero con el impedimento de ser ellas lentas, muy lentas para lo que yo había practicado durante dos años.

Por supuesto, no es que fuera una genio, en lo más mínimo, sólo que se me daba aprender rápido... Cuenta mi hermana que yo le rogaba me dejara hacer su tarea. Yo quería leer sus libros y cambiar con ella de lugar. A cambio, ella podría relajarse en el salón de primer año... cosa imposible. Recuerdo ser la primera en terminar cada labor y pedir permiso para ir al baño, en el camino me detenía tras los grandes ventanales del salón de mi hermana y me quedaba a escuchar la lección que daban. El resultado: regaño garantizado en casa por haberle hecho perder el tiempo a mi madre con la llamada de atención de mi reprobable comportamiento. Aún así, permanecí en el cuadro de honor cada mes y mi boleta con un 10 en cada recuadro.

El pago ante tremenda afrenta fue no tener más que una amiga. Nadie quería jugar conmigo, ya desde entonces me pesaba ser la niña aplicada del salón... pero no es que fuera aplicada, insisto, tres años de lo mismo no te da muchas opciones a ser diferente. La novedad siempre será estimulante, y llenar planas de bolitas y palitos en distintas direcciones nunca fue lo mío, por más que la maestra se inventara cambios de color o del tipo de hojas.

Lo único que me distraía era adelantar la lectura de cada libro y luego copiar las lecciones al mismo tiempo que la maestra nos hacía dictado. Es decir, ella dictaba, yo escribía, y lo hacía tan rápido que competía conmigo misma a copiar alguna frase del libro. El reto, además, era evitar que la maestra se diera cuenta. Me auto premié con muchas estrellitas.

Tan aburrido se tornó saber más que las demás, que comencé a adivinar los ejercicios siguientes de la maestra y las tareas que dejaría. Entonces, me apresuraba a terminar las tareas para no llevarme ninguna labor extra a casa, y cuando esto fallaba, aprendí a arrancar las evidencias del cuaderno, a imitar la firma de aprobación de mi madre para la maestra, y de la maestra para mi madre. Así comencé a cultivar el dulce arte de la flojera. En vacaciones de verano nos mudamos. Triste, muy triste fue dejar a mi única amiga sin despedirme de ella. Más triste tener que quedarme en casa durante varios meses escolares porque no había lugar en la escuela próxima. Ahí me di cuenta de que eso de hacer quehaceres y cuidar bebés no era lo mío. Extrañaba mis competencias, hablar, esconderme tras los libros y cuadernos. Salir de casa. Pero mi nueva escuela no fue lo que yo esperaba, aquí no había grandes retos que perseguir. Todo era memorizar, repasar, recordar, y a mí todo se me olvidaba. No sólo eso, si antes las niñas no querían mi amistad por “presumida” de ser la más aplicada, aquí no querían mi amistad porque se notaba que mi uniforme era tres tallas más grande de mi delgado cuerpo. Además, entré cinco meses después, así es que lo que ellas sabían yo tenía que averiguarlo por mi cuenta y eso se convirtió en sinónimo de “burra”. Pero no contaron con mi flojera, pronto le metí velocidad a todo lo que evitara llevarme tarea a casa, a lo que significara memorizar y hacer el ridículo. Pronto mi boleta se llenó de 10's, cosa que ni a mi maestra le gustó... decidió de una serie de 8's se vería mejor para finalizar el ciclo escolar.

Mi vocación, entonces, fue aprender pronto a perder el paso. A las niñas “burras” nadie las molestaba, al contrario, ganaban simpatía y podían hacer amigas con facilidad. Opté por imitarlas. Mi auto competencia fue volverme tan lenta que el resto del salón tuviera que esperarme. Eso le agradó a mis compañeros, pues aprovechaban para platicar y hacer travesuras mientras la maestra salía a platicar esperando a que yo terminara. Sólo que eso tampoco me dio nuevas amistades porque resultó que los castigos en casa no tardaron en llegar. Lo peor fue la amenaza de no volver a la escuela... Entonces, comencé a rezar por el milagro de no repetir el tercer año. Repetir ya lo había hecho y no quería pasar nuevamente por eso. ¡Bravo!, ¡milagro concedido!

Mi vocación es darle vueltas al asunto. Pensar en voz alta antes de responder directamente. Ver una cosa y otra mientras aterrizo lo que realmente quiero decir o hacer o meditar. Rodear la cuadra antes de decidirme si es tiempo de llegar a casa. Buscar una

y otra vez mientras decido simplemente cerrar los ojos y descansar. Perder el tiempo por no tener nada importante que hacer o perderlo sólo para evitar eso importante que no sé cómo hacer. Postergar, alargar, ralentizar sólo porque puedo hacerlo.

Cuando sabes más que los demás o algo diferente al resto, lo usas para hacerte útil, y te vuelves útil, aunque tenía mis dudas respecto a ser querida, respetada y comprendida...

Deformación de una cultura familiar respecto a lo utilitario... Aún tengo resquicios en mi deformación de carácter, me queda claro. Lo opuesto a la utilidad conlleva mostrar una ignorancia de tontería, ser boba, pues. Una lógica que se sale de mi lógica...

Tengo sueño. He vuelto a caer. No importa cuánto tiempo tenga antes de la entrega, mi vocación es dejar la tarea al último momento, cuando las ideas se precipitan, pero mi mente se distrae... Llevo días de distracción... Un documento. Un trámite. Una salida para arreglar asuntos. El trabajo. El cansancio. La compra. La distracción. El descanso. La llamada. Las citas pendientes. Convencer a una hermana, hacer consenso con la otra, recordarles el tema. Salir presurosa porque te cierran la oficina de trámites... ¡Hey!, recuerda que sin música no vale la pena ponerse a trabajar. Cambia la canción, ésa suena horrible. Tu hija te llama para ver un capítulo de su serie favorita y no puedes decir que no. Te piden ayuda a distancia. Tienes que hablar con tu hijo. Te duele la espalda, la cabeza, el estómago... ¿Cómo?, si te han dicho que estás sana, nada debería dolerte. Vivirás toda una vida... Tu vocación es vivir con lo que te duele, y cada día despiertas con el dolor y tronadero de articulaciones.

No, mi vocación es la distracción. Pensar sin aterrizar. Sufrir con los recuerdos... pero la verdad es que ya no los sufro... tanto... sólo son historias que contar... pero tanta pasión en el dictado dice lo contrario... Sí, aún no suelto, no ilo, no fluyo, no influyo en mis emociones equivocadas... Y, sin embargo, tu vocación te resulta en dar respuestas distintas a personas que las habían buscando, le digo a ese yo interno... Se te termina el tiempo, el entusiasmo, las ganas de escribir justo cuando recuerdas una historia interesante que contar. Ésa que te hará ganar las palmas por ocurrente... te distrajiste y la has olvidado.

Tu vocación es salirte al tiempo que suena la campana, si no, ¿por qué te has sentado junto a la puerta? La puerta de aquí es haber dado tantas vueltas que es inevitable ir a dormir... Extrañas esos días en los que podías ver el amanecer mientras seguías hilando,

tejiendo, viendo, escribiendo, pensando, mirando... ya no puedes, el deber se impone, al rato, temprano, habrás de poner manos en la masa de tejidos adoloridos, y en cuanto sean diez para la hora correrás a preparar el lugar de trabajo, mientras comes algo rápido y terminas tu aliño porque siempre de todo momento posible, la adrenalina es la única motivación para apresurarte en hacer las cosas... y olvidar el dolor... Eso si antes la flojera no te ganó a encontrar nuevas formas de realizar lo propuesto.

Y a todo esto, ¿cuál era la misión de este día?

La fila equivocada

–Se nota que te gusta lo que haces.

–Reconozco que sí me gusta mi trabajo.

–Creo que gozas con mi tortura.

–Es un verdadero placer torturarte.

–Duele mucho, y tú pareces no querer darte cuenta de que me lastimas.

–Es irónico que trabajar con tu dolor sea el camino para restaurar tu cuerpo y devolverle la calma y sosiego que requiere.

–Siento como si... Toca, se siente como si... Vas a decir que estoy loca, pero creo que aquí está como si...

–Quítale el como si. Tus tejidos están justo así como lo sientes.

–¿Por qué me duele tanto?

–Dejarás de sentir dolor al restablecerte el equilibrio.

Hacemos bromas al respecto. Reímos. Ellos en la camilla, yo al lado suyo queremos salir corriendo y no, pacientes que somos nos quedamos escuchando el crujir de sus tejidos. Ponemos atención a lo impalpable, pero sí que lo tentamos.

...

Durante años me pesó hacerle de enfermera, aunque sólo había que hacer té, acercar medicamentos y rezar porque mamá no muriera. Cada año doña Muerte nos amenazaba con llevársela, pero mamá supo cómo mantenerla a raya. Durante varios años fui su dama de compañía. Me recuerdo niña durmiendo en su regazo de vuelta a casa en el camión, habíamos ido a un lugar lejano en donde la habían sacudido con hierbas, encendido velas, orado por ella y sacado el chamuco, pero sobre todo, le habían instalado la esperanza de que sanaría y vería crecer a sus hijas. Lo logró, hasta a sus nietos vio llegar. Pero un día se decepcionó tanto de la vida que renunció.

Ese día me sentí liberada. Ya no verla sufrir. Ya no sentir la impotencia de no saber cómo ayudarle. Tampoco recibir llamadas a deshoras pidiendo fuera a ponerle la pomada que le calmara el dolor y le permitiera dormir. “No es la pomada sola, hija, son tus manos las que me alivian. Por favor, ven.” E iba. Molesta dejaba a mis bebés dormidos, tomaba un taxi y presurosa le ponía la pomada con un masaje firme. Nunca entendí a mi madre, se

quejaba de dolor cuando le tallaba su cuerpo con la pomada, pero se quedaba dormida. Al día siguiente se quejaría por el maltrato, y días después volvería a llamarme.

En su momento, también me pasó con el papá de mis hijos. Le ayudé a superar dos cirugías de corazón abierto. Con dietas y ungüentos logramos fuera dado de alta mucho antes de lo previsto. Él se burlaba mucho de mí porque me le escondía a los médicos para poder meter mis agüitas y pomadas con las que lo bañaba, y a su alrededor el resto de pacientes y personal médico también era feliz con mis visitas porque siempre olía rico. Y luego me tocó con mi pequeño Sebastián. Aún no lograba perdonarme mi ignorancia durante el nacimiento de Fabián, su hermano mayor. Me dolía su muerte. Me prometí no dejarme engañar nuevamente y con Sebastián me preparé a defender su vida. Lástima que nadie cuidara de mí... Me descuidé tanto que luego yo misma fui mi propia paciente, pero mi bebé salió victorioso frente a los pesimistas diagnósticos especializados que lo veían incapacitado de por vida. Nadie contaba con la obsesiva de su madre.

Es curioso, desde que elegí estudiar Periodismo me he visto anciana frente a una máquina de escribir, caminando con un libro en la mano, en la playa leyendo, platicando de escrituras... Viendo las historias transcurrir para preguntarlas, platicarlas, escribirlas y leerlas. Nunca me vi ni me veo a futuro alineando cuerpos y, sin embargo, es lo mejor que hago. Curioso, y no me cuestiono qué tan bien o mal sucede, simplemente pongo manos a la obra. Tampoco me hace mella no tener un título o reconocimientos que califiquen mi dominio sobre el tema. ¿Cuál tema?, el de las dolencias del cuerpo humano... y el de un gatito a punto de morir, por cierto.

(Sí, tuve que darle terapia al gatito recién llegado de mi hija, desahuciado por peritonitis. La pequeña estaba tan abrumada y yo tan incapaz de consolarla, que sólo atiné a amenazar al moribundo de asesinarlo si moría; débil y desprevenido lo agarré para moverle la columna sin que nadie me hubiera dicho que podía hacerlo, pasarle energía, prepararle agüitas mágicas, despegarle la pancita y ¡voilà!, sobrepasa los cinco años de edad. Claro, luego de aquellas tres largas sesiones no me permite tocarlo.)

Soy codependiente de mi trabajo. Dependo de mis pacientes tanto como ellos de mí... Sí, les digo pacientes, literal, son pacientes conmigo. Y yo con sus dolencias. “¿Verdad que te da miedo me vaya a quedar entumida en tu camilla?”, me ha preguntado la juvenil septuagenaria de la infinita sabiduría cuando sus ojos bien abiertos buscan mi mirada

debajo de mis párpados cerrados, así los tengo para mirar con detalle los tejidos de su garganta dispuestos a moverse debajo de mis dedos. Le pedí no hablara, precisamente porque estaba en un área sensible, pero osada que es, me puso a prueba. “Ten la seguridad, no te irás igual de entumida que como llegaste”, le respondo. Y reímos. Yo sé que ella ríe “de nervios”, sintió miedo del viaje de mis dedos en su garganta hasta llegar a la tráquea... ella sabe yo que río por empatía.

Platico mucho de mi trabajo, pero escribo poco al respecto. No sé por qué me resulta difícil apuntar las ideas y experiencias que he atrapado con mis manos. Podría escribir del intenso dolor por el que he pasado durante los casi 10 años que llevo tocando cuerpos. O dejar testimonio de mi proceso de aprendizaje. O de las sincronías vividas. O de cómo he constatado que son ciertas muchas cosas de las que hablan sobre tocar fondo, hablar con tus guías, saber sin haber estudiado, escuchar las palabras que no se emiten, conocer a Dios, vivir en Amor, leer y estudiar lo que previamente ya había descubierto y muchos etcéteras.

No me veo a futuro haciendo esto que hago, tampoco me veo haciéndolo mañana que tengo citas de trabajo o cuando me cancelan, cual dominó, todo un día de trabajo. Tampoco me veo haciéndolo mientras lo hago. No me veo. Sólo sé que ya no puedo detenerme. Respondo a la menor provocación. Como imanes, mis manos se prensan en el tejido lastimado, adolorido, silencioso... A veces, ni la misma persona sabe de dónde proviene cierta molestia. A veces, ni cuenta se ha dado de que vive en constante molestia, dolor e incomodidad. A veces, la incomodidad está disfrazada de ignorancia cuando más fácil resulta dejar pasar las molestias instaladas en el cuerpo, la mente y los sentimientos. A veces, ni siquiera cobro por la labor que, precisamente, es la que me da para vivir al día.

Me han dicho que es impresionante el conocimiento que tengo del cuerpo. Jeje, quisiera me explicaran cuál es ese conocimiento que tengo. ¿No se dan cuenta que es curiosidad ante la enorme ignorancia que tengo del tema lo que me mantiene anclada al cuerpo que se deja tocar? En serio, me encantaría poder explicarte con sapiencia, material didáctico y marco teórico descritos con metraje técnico qué tienes y cómo vamos a tratarlo.

Estoy sorprendida de la paciencia de mis pacientes. ¿Cómo aguantan tanto? ¿Cómo pueden tener tanta fe? ¿Qué les resonó en la recomendación de quien les habló para

dejarse venir a la tortura? Muchos son quienes me pagan, agradecen y hasta me llegan a querer... Y hay quienes me agradecen los quiera... Pero si nunca menciono palabras de amor (checa mi cara larga). Hago lo que hago porque me pagan por ello (bueno, a veces ni siquiera me dan las gracias), si no, seguiría feliz platicando con mi teclado y leyéndome en una pantalla. Qué linda vida llegó a ser mi vida tras puras letras, sin tener que hablar con nadie, sin tener que escuchar a nadie, porque déjame decirte que muchas, muchas, muchas veces extraño el silencio de mi soledad junto con el ruido de mis ideas. Constantes son los días en que no quiero ver a nadie, en que quisiera salir a caminar solo con mis pensamientos, mis oídos quisieran tomarse un largo descanso. Pero no, a diario veo a alguien, hablo con alguien, escucho a alguien. Arreglo el cuerpo de alguien. Le alineo el alma a alguien. Le devuelvo la calma a alguien. Le doy ideas a alguien... Y duermo cansada de satisfacción adolorida en mi espalda.

¿Te das cuenta de cómo reniego de lo que hago casi a diario? La verdad no entiendo en cuál fila me formé durante la repartición de dones. Conozco personas que han estudiado cuanta cosa se les atraviesa para alcanzar la sabiduría y tener la posibilidad de dar alivio a los necesitados. En cambio, a mí me revienta hablar de esos temas... aunque a veces le entro a compartir mis encuentros cercanos del tercer tipo. Y están las personas que sin prurito alguno se presentan cual son sanadores, hablan lindo, enseñan cómo adquirir los dones y si preámbulos entregan su donación a los necesitados.

Cuando la crisis económica me llega, pretendo creer que yo también podría dar de esos cursos y disfrazarme de samaritana para ganar algo más. Me dura poco el entusiasmo porque me veo a mí misma repitiendo una y otra vez el mismo discurso ante gente que sé me sacara de quicio por supersticiosa, fanática, ignorante y estúpida. Sí, hay demasiada estupidez en este camino. Lo malo es que la pretendida ciencia también lo es al presentarse unilateral, egoísta y sin condescendencia honesta.

Explico lo inexplicable. Yo no sé si algo tiene o no arreglo. Tengo que tocarlo y buscar cómo está palpando, estirando, jalando, empujando, disolviendo, retrayendo, impulsando, dando ideas... pero no pienso en pedirle a la estructura conectiva se deje arreglar porque no está descompuesta. Más bien se ha confundido y equivocado el camino. Yo no lo controlo, sólo sigo la ruta que cada cuerpo me da y me dejo sorprender por los cambios que se presentan. Me encantaría no tener que decir nada en ese

momento. Que cada persona se permitiera sentir sería de lo más agradable. Eso fue precisamente lo que yo hice cuando fui paciente. Lo sigo haciendo, ¿sabes? Pongo atención en los procedimientos y los practico conmigo misma cuando se me ofrece, luego lo pongo en práctica con mis hijos o hermanas, según se presente el caso para terminar discutiendo con los tejidos de mis pacientes (consultantes, clientes, usuarios, me dicen tengo que aprender a decirles).

Para evitar el compromiso, a quienes les recomiendo aprender a tocarse y percibirse me dicen que tengo un don, por eso puedo hacerlo. Pues bendito don puesto en evidencia. Me hubiera formado en la fila del escribir magníficas novelas o del no tener miedo y saber hacer buenas preguntas para haber llegado a ser una gran periodista con excelente memoria y una gran capacidad de conocer personas “importantes”. Yo quería ser una gran intelectual, de ésas que recitan párrafos completos de otros intelectuales o que hablan con gran distinción usando palabras realmente complicadas y se ganan becas... Sólo que me tocó tener pésima memoria, mala suerte, baja autoestima en algún momento... Y vicisitudes es mi palabra más complicada.

A mi pesar, me resulta sencillo ver cómo dan un masaje y darme cuenta de la presión, la dirección, el nivel de tejido al que se está dirigiendo y calcular las implicaciones. Me resulta sencillo dejarme llevarme por un hilo sin la presión de conocer el destino. Me resulta sencillo regalar algunos jalones y estirones sanadores a quien apremia el arreglo. Es fácil para mí saborear la sorpresa final de un cuerpo que ha cambiado sin dejar de ser el mismo. Ya aprendí a aceptar a las personas que se niegan a ver los cambios favorables en su cuerpo luego de una larga batalla. Y me causan gracia ciertas justificaciones intentando convencerme de que no deje de atenderlas.

Pienso en la posibilidad latente de que un día ya no pueda con la presión en mis dedos o con el dolor de mi cuerpo luego del trabajo o con la pesadez de tratar tanta negatividad a diario y me pregunto qué otra cosa podría hacer para sobrevivir la vida que exige el pago de la renta, de los alimentos, de la silla donde me siento, de los zapatos que me llevan a caminar, de las cremas, aceites y ungüentos diversos que me salvan. ¿Qué otra cosa podría hacer lejos de cada persona que me sorprende a diario con sus ocurrencias? Así es como me devuelvo a la contradicción constante de ser quien soy, codependiente del dolor ajeno porque sé lo que es sentir tanto dolor y no encontrar quién te ayude con

ello. Digo que ya no quiero, pero tampoco es fácil decirle no a quien pide ayuda... Y hasta complicado resulta decirle no a quien sé no me corresponde ayudar.

Sin proponérmelo, le rindo tributo a la vida buscando nuevos horizontes en la materia tangible que es un cuerpo, y también ayudo con puntos de vista distintos a que las emociones se vayan ajustando en los hilos de ese cuerpo para sentir con mayor fluidez el sonido de la libertad de movimiento.

Dice mi amiga, una de las personas más brillantes que he conocido en mi vida, que soy un dechado de talentos y virtudes. Dice me admira por la sencillez con la que lo mismo arreglo una columna, que cocino un platillo delicioso, veo un asunto desde una vertiente distinta, tejo, coso, bailo, educó jóvenes, soy mediadora en problemas de amigas, escribo, me mantengo observante ante asuntos que causan miedo. Y yo sin darme cuenta.

Ahora que lo menciono así creo mi tributo a la vida es hacer lo que hago, pensar lo que pienso, sentir lo que siento, reír, llorar, gritar, ver, escuchar, callar a mi estilo. Es decir, venir a la vida ha sido mi tributo al mundo porque, ¿sabes?, desde mi nacimiento he sido el negrito en el arroz de mi familia, y en distintos grupos en los que me he desenvuelto juego el rol disruptivo. Eso no significa que sea brillante o la más popular del grupo, por el contrario, soy del tipo fácilmente olvidable y fácilmente odiable de tan mal carácter que tengo para decir ciertas verdades.

Me suena chocante al escucharme decirlo en mi pensamiento, pero tengo que decirlo: Mi donación soy yo misma.

Grita, grita hasta que tu tiniebla tiemble

Soy obsesiva, muy obsesiva, tremendamente obsesiva. La obsesión me persigue, la obsesión me alcanza, la obsesión me cubre. De ninguna manera basta una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... vueltas en el pensamiento... un pensamiento me machaca la conciencia... (Más aún cuando los pensamientos corresponden a acciones repetidas una y otra vez...) Como cuando pruebas un delicioso chocolate fino de delicioso sabor y textura deliciosa, no puedes pensar en sinónimos ni antónimos ni contrapartes ni variedad en el sistema. Tienes que seguir comiendo y comiendo y comiendo hasta que terminas la dosis correspondiente y quisieras salir a comprar otros más, pero te das cuenta de la escasez de dinero o de la lejanía para la compra o de la hora inhábil para ello o fue que te los regalaron o no sabes de dónde diantres salieron. Entonces, recuerdas el sabor, lo piensas, y no quieres comer ni beber nada más para grabarte, tatuarte e imbuirte en el hálito fugaz hasta que por sí solo, en algún momento, sin pensarlo, sin sentirlo, sin percibirlo, se diluye. Se va. Y lo olvidas todo, ¡por fin!, das gracias por ello. De la nada desapareció la tremenda distracción de vida.

Malo muy malo es ser obsesiva. Una y otra vez vuelves al tema, te trae—te lleva—te distrae... Una vez alguien me dio una frase para aprenderla de memoria: “Insistencia y persistencia hasta hacer ceder a la mente del error”, ah, y error es la obsesión que te lleva a insistir y persistir, pero no tienes que confundirla, no, insiste, persiste, pero deja de ser obsesiva, me decía con empeño el hombre aquel. Por eso suelto, ya que le di la vuelta una y otra vez al asunto... pero nunca de la misma manera porque hasta una pelota o un cubo tienen porciones distintas entre sí, y no está de más conocerlas. Imagínate entonces cómo está de detallada la vida con sus luces y sus sombras, en sus profundas tinieblas al revés y al derecho.

Insistencia y persistencia me han seguido, pero no siempre en el buen plan de llevar a cabo un proyecto hasta terminarlo y coronarlo con algún galardón. No, en esos temas suelto fácil, pero qué decirte en cuanto al amor y el desamor. Ahí sí aviento todas las armas al suelo porque de pechito, con una computadora, redes sociales y binoculares se averigua mejor... fácil es rastrear hasta en los silencios y en lo que no se dice ni publica. Basta un poco de suspicacia.

...

Una vez más en nuestra historia, el amoroso tocó a mi puerta con un ramo de flores, una gran sonrisa y el abrazo de antaño prodigando atención y cuidados, disciplina, comprensión y cariño. Le creí. ¿Sabes?, necesitaba hacerlo, tener un destello de esperanza (porque la esperanza muere al último) frente al trabajo diario que no te deja planear ni ver opciones distintas a las de detenerte o ir más despacio porque los pasitos de dos criaturitas son lo más importante en este camino. Y persistes en tus creencias, sabiendo de antemano que puedes caer en falso. Crees. Tienes que creer. Has de creer. Es hora de creer.

Lleva bien puesta su gran sonrisa, ésa conquistadora del mundo, y cae sobre tu cara prometiendo más pétalos, que irán cayendo –lo sabes– pero ves que inicialmente se sostienen en racimo... Racimo, sonrisa, abrazo, compañía, recuerdos, sin pensar en tiempos, sin hacer planes porque tantito veas el paso de las horas y pretendas preguntar para planear, todo habrá de derrumbarse, y tú conoces de derrumbes. Silencio, te conviene ceder. Te conviene ser quien no eres, que al final de cuentas hasta pudiera resultar que sí eres ésa quien no crees ser: madre abnegada de tiempo completo hasta que los críos crezcan y te dejen volver a ser. Te conviene y sabes cómo manejar la situación, incluso dispuesta estás a aprender a caer porque caer no es lo mismo nunca, hay estilos, formas, cálculos por considerar. Caer trae aprendizaje, y aprender es lo tuyo. Cuando te derrumbas viene lo bueno: fuego interior que sale repentinamente en palabrotas a borbotones, manoteas, golpeas, avientas lo que puedes, gritas, gritas más fuerte y más fuerte porque adentro algo te quema y quieres que pare, mas no sabes cómo detenerlo. Afuera, los reclamos te incitan a seguir porque te están culpando de precisamente estar enojada, de gritar, de manotear, de decir palabrotas. Y tiembles por dentro, por fuera, buscando formas de alejar tus sombras, tus tinieblas y, al mismo tiempo, sabes que adentrarte en ellas es la única manera de sobrevivir a estas escenas. Tanto amor siempre es deseable. Al menos en teoría, porque el Amor es lo que nos salva. Vinimos a amar y a ser amados. Del amor viene la solidaridad y el compartir y el equilibrio en la vida... pero ¿de dónde sale tanto amor cuando poco tiempo hace la vida en común era chanclazos y sombrerozcos? Observas, miras, escuchas, mides las actitudes, calculas los tiempos de respuesta, preguntas y te cuestionas. Te regañas a ti misma porque es momento de creer, de sostener y de aprovechar la coyuntura.

Te fallas a ti misma en eso de ser otra. Buscas, hueles, sospechas, observas, cachas las contradicciones, los errores fríamente calculados. Es difícil, muy difícil. Es de un fino proceder en sus congruencias, pero somos quien somos y difícilmente cambiamos, lo sabes porque tú misma te esfuerzas mucho por ser quien no eres. Es mucha la energía empleada para sostener una mentira, por eso, contar cuentos es de fina alegría. Cuenta cuentos, ¡cachas!, y pierdes el estilo.

Te prometes a ti misma no decir nada. Seguir con la farsa. Aprender a fingir porque así te conviene. Planeas cómo pactar por el bien de la familia. Conoces de casos que funcionan así. Pides ayuda, vas por asesorías con el psicólogo para sostener la mentira. Pides el manual de ayuda para sobrevivir en la sombra, pero tu propia sombra se pone celosa y no permite competencia. Sucumbes porque descubres oscuridades más intensas y profundas que la tuya. Contra eso pierdes, no sabes cómo sobrevivir tus propios engaños.

Un día tras otro el necio ocupa tu computadora para sus juegos y su ocio. Cero a la izquierda vale tu enojo ante el temor de ver perdidos archivos importantes de trabajo. Esa máquina es la herramienta más valiosa que tienes para la sobrevivencia cotidiana. Gracias a ella comen, pagas renta, servicios, etc. Repartes el reclamo a diario, y a diario se repite el abuso. Hasta que decides castigarlo, leer su correspondencia y mostrarle lo mal que hace al usar tus cosas. El tiro te sale por la culata. Caes en la trampa de tu honestidad. Si te ha sido difícil mantener la mentira, a él le costó el doble y sucumbió.

Encuentras la evidencia, tonta de ti, tonta evidencia. Hay una amante que no es la amante, terapeuta que no es su terapeuta, drogadicta que niega drogarse, madre fallida planeando quitarte a tu hija. Vaya pareja tan pareja haciendo planes con tus propios recursos para declararte incapacitada y quitarte a tus hijos. Uno a uno vas encontrando los mensajes escritos, y poco a poco de una sentada vas armando los mensajes silenciosos. Una tras otra las miradas obsesivas trazan códigos de verdad. Planeas callar, seguir el juego, sembrar ideas equivocadas, cazar a la cazadora, tenderles una trampa. Te obsesionas y sigues buscando, y quien busca, encuentra.

Algo malo, muy malo debiste haberles hecho para que se inspiren con tanta maldad. Lo piensas, sólo un instante porque el coraje desplaza al dolor, a la decepción, a la desilusión que debiste poner en primer plano... (Ahora que lo pienso, ¿cómo fue que viví ese duelo

que aún sigue la obsesión de recordarlo una y otra vez, de darle vueltas sin consuelo, de odiarlo a pesar de toda la ayuda recibida para ello?) ¿Cómo pudieron?, ¿cómo una desconocida pudo creerse una historia (todavía quisiera saber cuál fue esa historia tan bien contada) al grado de querer arrebatarte a tu hija? ¿Cómo puede el deseo carnal aderezado con mota inspirar tanta bajeza?

Y gritas, te derrumbas, destrozadas en segundos todo lo construido con tanta paciencia. Pero aquí no hay más que riesgo de perderlo todo tratando de guardar las apariencias. Confrontas a la cómplice, le preguntas y la cuestionas sólo para darte cuenta de que no hay más gente loca que aquella que ve con tanta premura la locura ajena. Y ella te amenaza con palabras estudiadas, elegidas a propósito, tras su escudo de experta en violencia familiar... “pero si él es quien me violenta, ¿no te das cuenta de tan idiota que eres ante la calentura que te provoca?”, le gritas recibiendo como respuesta una suave invitación de internarte por el bien de la familia, que ayuda ellos recibirían sin ti.

Jajaja... jajaja... en serio, algo muy malo debiste haber hecho para encender el alerta de tus obsesiones que, además, se derivaron de un diagnóstico médico de Epilepsia no Convulsiva debido a las anestésias de tres nacimientos que te pusieron en situación difícil de sobrellevar. En cada embarazo tu salud se vio quebrantada. Tu espíritu obsesivo recibió refrendo en las averiguaciones respecto a lo que te convenía hacer en cada una de esas situaciones. Aún en cama debías trabajar, tenías lecturas por entregar para pagar las cuentas. Investigaciones abiertas N veces ante la posibilidad de fracturarte gravemente y dejar a la deriva a las dos pequeñas criaturas que elegiste traer y se quedaron. Inicialmente los pensaste criados sin padre, pero éste tomó la oportunidad no brindada de vivir becado, supo aprovechar bien su contexto de enfermo cardíaco.

Y sí, hasta ese momento tuviste graves dificultades para mantenerte cien por ciento lúcida, huyendo de las multitudes, de espacios cerrados, de lugares pequeños, sin ventanas, con luces brillantes. Nada de entrar al metro o a un elevador o, a veces, hasta en un camión. Caminar era lo tuyo, así fuera llevando a un bebé dormido en cada brazo con el temor de desvanecerte, de perder el camino, de olvidar quién eras y a dónde ibas. Tenías mucho miedo de perderlos, de dejarlos en algún sitio sin darte cuenta. Entonces los abrazabas fuerte y no parabas de hablarles, de contarles el camino, de llamarlos por su nombre y pedirles que aguantaran tranquilos hasta llegar a casa.

Eso fue verdad, lo sufriste, largas caminatas sola, pero con regaños y reclamos al llegar a casa. Te dabas pena a ti misma. Pena de no poder deshacerte de ese gran bulto llamado hombre. Uno que sabía cómo quedar bien con la gente a tu alrededor, justificando a su favor te hiciera compañía. Y algo malo muy malo debiste haberle hecho en este periodo porque tiempo después él encontró a la persona que le dio la gran idea de poder encerrarte para llevarse a tu hija, sólo a ella, al niño quién sabe con quién lo dejarían, quizás con una de tus hermanas. Nunca te lo dijeron. Lo que sí, era que tu hija quedaría con aquella mujer, mujer enaltecida en belleza e inteligencia para un hombre en calentura.

Nunca antes lo pensé. El enojo me salió en lugar del miedo, de la tristeza, de la decepción. Todo junto me hicieron una verdadera ogra que aprendió a jugar. ¿Me acusarían de loca?, loca sería. ¿De quién se aleja de inmediato la gente si no de la verdadera patología mental? Y loca fui. Me llené de mis obsesiones y reí a carcajadas. Busqué, busqué, busqué y, quien busca, encuentra, ¿recuerdas? Y también la lógica se hizo presente. Todo o nada. Cualquiera fuera el resultado, de antemano, ya había perdido la batalla. En algún momento tendría que huir nuevamente con mis hijos para ponernos a salvo. Ellos y su madre con toda y su problemática mental.

De ninguna manera me siento orgullosa de ello. Lo recuerdo y es bastante vergonzoso revivir los detalles de la historia. Mi obsesión me regaña por haberme deshecho de toda la evidencia. Imprimí correos, escribí un diario, llevé una agenda porque tenía que contarme a mí misma cada detalle de tan inverosímil historia. Ni yo misma podía creer que una “profesional en violencia” se hubiera prestado a tan sórdidas maneras. Peor el asunto. A propósito de la muerte del malvado, ella volvió a aparecer, buscó a mi hija para platicar de su “amigo”, a quien tanto extrañaba. En serio, me cae que algo malo muy malo debí haberles hecho en otra vida porque a la tipa ni la conocí ni la conozco en persona. Aunque claro, en ese entonces, corrí con suerte y hasta averigüé en dónde vivía... Ahora, sé a qué se dedica la susodicha terapeuta en biodanza... Ironías de la vida, hace un año me interesé por la danza terapéutica, ¡gran dios que no me la topé!, porque me cae que me le voy encima... y en mi obsesión me hubiera gustado mucho haber guardado toda esa correspondencia para evidenciarla públicamente... precisamente por ser capaz de ello fue que rompí todo. Mi oscuridad debía quedar en la oscuridad.

Triste mi historia. Creo que de tan obsesiva que soy en esto de las búsquedas, las búsquedas me dan hasta que yo me encuentre. Luego de publicar su número telefónico como sexo servidora, de tomar fotos del exterior de su casa, de reenviarle las fotos muy sexys que su hija publicaba en el entonces Hi5, de reenviarle el ticket de regalo de lencería que alguna vez le dieran, de hablar a su trabajo pidiendo informes sobre la venta de mariguana, de hablarle a deshoras “llorando amargamente” por alguna “crisis” que me daba y de engañarla con una demanda interpuesta en su contra ante cierto ministerio público (hasta le di número de expediente) cuando supuestamente ella también me tenía demandada por acoso, cual telenovela barata, él me dio una paliza que me dejó quieta al instante, suficiente para hacer maletas en cuanto sané heridas y volver a salirme de mi propia casa huyendo de su presencia, de ellos dos, pues ella nunca lo abandonó.

Y apaleada me perdí. Perdí el trabajo y otro y el siguiente. Me perdí tanto en el fondo de una cueva interna, que tardé años en poder encontrarme. Mis hijos y yo vivimos en una inercia de madre tonta, desvalida y desvalijada. Nunca lo había dicho... y me es necesario decírmelo, esa paliza fue tan intensa física y humanamente, que el dolor me ha durado mucho tiempo... ahora soy capaz de recordarla, precisamente porque volvió a aparecer, buscando a mi hija ante la muerte de ésta, del “amigo” de aquella, y porque en mis obsesivos recuerdos, les he dado la vuelta una y otra vez pretendiendo ver lo que he sido incapaz de percibir, neta, ¿qué fue lo que tan mal hice que me busqué esa historia? Nadie de mi gente cercana supo de la gravedad del momento, así, nadie pudo acompañarme a curar esas heridas.

Y sigo dándole vueltas y vueltas porque me es necesario soltar el llanto y el pánico, que viví. Debo admitir que no es nada agradable saber que alguien te odia tanto como para querer no sólo verte muerta, sino que pudo haber sido capaz de darte un golpe definitivo, de no haber sido porque pudiste moverte justo en el momento adecuado. Si bien Dios me quiere, no sé qué hice para bajar a conocer el fondo del pantano, y obsesiva que soy, logré mantenerme en pie durante un par de minutos para observar con detenimiento cómo era, lo suficiente para seguir pensando en ello y cambiar escenarios sólo por la satisfacción intelectual de poder hacerlo, sólo por la satisfacción de dejarme claro cómo es el lugar en el cual no quiero permanecer.

Y ha sido esta satisfacción intelectual la suficiente luz que da contraste y delimita la sombra... porque sólo hay una manera de distinguirla, sí, iluminando su silueta, aunque tiemble la mano que sostiene la llama, y sin importar cuán débil es ésta. Bonitas frases de literatura, mas yo las suscribo al andar en tinieblas. Para mí es el sentido común y la acción adecuada lo que nos aleja de vivir en el odio, ésta es la llama suficiente... Quizás, tal vez, posiblemente, encuentre que es el amor lo que nos salva. ¿Qué es el amor, entonces?, pregunto buscando remasterizar mi obsesión.

Y calmo mi mente porque segura estoy pronto obtendré la tranquilidad que mi corazón requiere al dejar atrás una historia que ya no necesito recordar...

Fácil es ser espíritu, pero ¿acomodarse los tejidos?

Ser espíritu no duele, de hecho, es fácil serlo, tanto como hacer a un lado la materia y permanecer en ese lugar donde el cuerpo se diluye. Sencilla es la impermanencia. Volar fuera de la órbita terrena que delimita el cuerpo físico es toda una aventura ligera y deseable. Lo complicado es vivir en un cuerpo que tiene peso y guarda pesos. ¿Ser espiritual?, ya lo soy, así vine, sólo así pude llegar hasta donde estoy. Mantenernos humanos mientras nos descubrimos materiales ha de ser la verdadera tarea por cumplir.

...

Las misas católicas me aburrieron desde pequeña. Eso de ir por obligación nunca fue lo mío. Me preguntaba para qué diantres servía eso, además de tener miedo todo el tiempo. Las amenazas de mamá y papá sobre irme al infierno me tenían aterrada, de veras que sí me las creía, y ya no digamos la fila de seres fantasmagóricos que a diario veía pasar por mi casa o, sobre todo, en casa de la abuela paterna. Mi madre me decía que les rezara, eran almas en pena en busca de rezos para dirigirse a la Luz o seres malvados perdidos ante la falta de perdón, por eso, había que portarse bien.

Me volví noctámbula para no tener que encontrarme con ellos en mis sueños, ahí es más difícil dejar de sentir la parálisis que da verlos siendo ellos tan feos, tan malvados, tan avorazados... Siempre me he preguntado cómo es que se distinguen de mejor manera por la noche. Digo, bien podrían hacer sus peticiones durante el día, así, podría buscar ayuda para obtener las respuestas, pero eso de estar profundamente dormida y despertar sin motivo, pero encontrándote con alguna mirada es de lo más tenebroso. Ninguna fila de oraciones te quitan el susto.

Con el tiempo aprendí a contar mis historias de aparecidos y fantasmas como cuentos que hubiera leído o escuchado. A veces, le platicaba a alguna amiga de mis experiencias y eso era el inicio de largas conversaciones hasta que me aburrí de ello por el espíritu morboso que se desata. Poco a poco, con sentido común y lógica junto con algunas lecturas le he dado forma y sentido a las ventanas del más allá que se me han abierto. Al principio, me decían que tenía un sexto sentido, un don, una sensibilidad especial... ahora sé que así es, aunque tampoco es que “vea personas o fantasmas” o “hable” con ellas... aunque a veces sí, pero nada como invocar a Dios, la Divinidad o el Universo para que el miedo se me espante.

Eso de la espiritualidad es algo íntimo, tanto como se ejerce la propia sexualidad. Puedes tener “mente abierta” para respetar a las demás personas, eso no significa que ejerzas lo que son las otras personas. Así eso de creer en Dios en la Divinidad, la Gran Fuerza, El Universo o con lo que cada quien se entienda.

Mi espiritualidad es como mi lista de canciones favoritas: hay de todo, incluso canciones de cantantes a quienes en realidad no considero cantantes o géneros que en realidad no escucho o letras que generalmente me molestan. Sólo que en algún punto se sumaron características que me obligan a escuchar esa canción con ese cantante con ese mensaje. Para aclararme, te pongo un ejemplo. De niña amaba a Palito Ortega, el cantante argentino de canciones melosas. Llegué a tener muchos de sus discos y soñaba con conocerlo, aunque sabía que si sucedía, me desmayaría ahí mismo sin oportunidad para mostrarle mi entusiasmo. Actualmente, lo escucho y me avergüenzo de mi lejano pasado. Ah, pero en algún momento mi memoria se ocupa de tararear sin descanso alguna de sus canciones, y se me devuelve la alegría, así es que esa canción bien pudiera aparecer en alguna lista de mis canciones, sólo para mí, no para ser escuchada en público, es un asunto privado, difícilmente lo compartiría.

Así mis creencias. Lo mismo creo en la importancia y veracidad de una carta astral, de una lectura de cartas, de una charla fantasmagórica, aprender sobre números o geometría sagrados, leer un salmo, rezar el Padre Nuestro de mi infancia. Conozco la veracidad de la magia y desconozco cómo diantres hay gente tan segura de ello, que habla como si se tratara de tomar jugo de naranja cada mañana. Miro en los ojos de ciertas personas la alegría de saberse de memoria sus salmos y rituales... Rituales, no soy mujer de rituales ni de rezos ni de afanosas repeticiones. Creo y descreo casi al mismo tiempo. Todo depende de la persona que me transmita su conocimiento. Le huyo al fanatismo y a las pretendidas únicas vertientes.

Cuando trabajo uso ropa blanca, pero no visto completamente de blanco. De hacerlo, me sentiría una impostora. Ha sido práctico vestir de blusa blanca y mezclilla. Claro que también llego a cansarme del uniforme, así es que sin previo aviso rompo la monotonía de estar siempre en lo mismo... Estar siempre en lo mismo me cansa y abruma. Eso de repetir una y otra vez la misma rutina me hace perder el juicio. Le llaman disciplina, pero para mí es aburrimiento. Así, cualquier religión o práctica espiritual, incluida la clásica

meditación en flor de loto y vestida en modo voy a meditar no son lo mismo, salvo que para dormir llegue a ponerme los audífonos para perderme en una meditación específica que me agrada o en sonidos binaurales que en verdad me hacen olvidarme de los dolores de mi cuerpo.

Mis últimos días de periodista y editora fueron de terror. Algo me decía que ya no pertenecía a ninguno de estos dos mundos, pero no hallaba la actividad que sustituyera la forma de adquirir ingresos. Intenté varias actividades, pero ninguna me funcionó... o más bien yo no funcioné en ninguna de ellas. Siempre me faltaba algo... bueno, incluso llegaron a decirme que me sobraba, fui calificada como sobre calificada... vaya descalificación...

Insistí en lo editorial, pero no sólo bajaron considerablemente las tarifas y los proyectos, en ocasiones dejaron de pagarme durante meses y mis contactos, uno a uno, también fueron relevados de sus puestos. En la ruina total tuve que regresar a la casa materna junto con mis hijos y vivir en completa pobreza y depresión.

Sin un cinco en el bolsillo un día me fui caminando desde temprano hasta la oficina que me había prometido pagarme lo adeudado. Cumplieron con una parte y de inmediato cubrí unas deudas, guardé para la comida de la semana y, curioso, justo en frente de una "Casa de ángeles" me dio un fuerte dolor de espalda que me obligó a entrar y pedir un asiento para descansar. Me molestó estar ahí, tanta figura sacra me recordaba las iglesias católicas de mi infancia, para mí ese lugar era sinónimo de fanatismo e ignorancia, pero la chica que me prestó ayuda fue tan amable que comenzamos a platicar de mi situación y me ofreció una lectura. Por supuesto que no, pensé, pero de inmediato le dije que sí. Justo tenía en el bolsillo la cantidad que cubriría su tiempo... sí, el dinero para la comida de una semana.

Contra toda lógica e inteligencia, ahí estaba yo preguntándole acerca de mis desgracias y buscando la fórmula para salir de ellas. Le advertí evitara decirme lo que ella creía yo necesitaba escuchar. No, en verdad quería yo la verdad. Comenzó a hablar de mí en tercera persona, mencionó habilidades, dolencias, experiencias de infancia, presentes y de futuro próximo. Me sorprendió su habilidad para hablarme como si en verdad me conociera, pero más, cuando dijo que el secreto para salir de mi mala racha estaba en la meditación. Yo tenía que meditar para encontrar a esa otra yo que estaba escondida en

mí. Sí, eso era sorprendente para quien no podía de ninguna manera intentar poner la mente en blanco.

Padecía un tipo de epilepsia que me impedía mantener mi mente tranquila. Gracias por concursar. Tiré mi dinero de la manera más miserable, le dije. Me respondió con una leve sonrisa, diciéndome que era yo tan necia que mi presente era el resultado de haber huido durante años de mi verdadera yo. Pero pronto mi maestra se me presentaría. En ese momento me imaginé una maestra de academia que me enseñaría a dar clases o hacer proyectos para empresas o alguna actividad intelectual.

...

Recién había salido de la escuela y trabajaba en una revista que me demandaba mucho tiempo y atención. Ahí coincidí con una compañera de escuela, quien de manera alterna también había estudiado en el Conservatorio de Música. Como una manera de agradecerme la hubiera invitado a trabajar conmigo, a su vez, me invitó a un curso de meditación. Me interesé en ello cuando mencionó que me ayudaría a mejorar la memoria e incrementar mi energía y vitalidad. Siempre fui muy dormilona, así es que la posibilidad de mantenerme despierta por más horas para estudiar mejor fue una gran motivación.

El mismo día que me invitó comenzaban las clases, justo en medio de un cierre de edición que me obligaría a desvelarme al llevarme el trabajo a casa para salir de la oficina a media tarde. Me entusiasmó la idea de poner a prueba la efectividad del curso. Cuando llegamos, no fui bien recibida. Se nos informó que el curso sería gratuito y un regalo exclusivo para las amistades más cercanas del profesor, también estudiante del Conservatorio.

Había otro invitado no aceptado, él de inmediato se fue muy molesto. Yo no, escuché atenta toda la explicación, le di las gracias a mi amiga y al profesor le agradecí su honestidad. Él me miró muy serio y en lugar de darme la mano de despedida me pidió llegar puntual, no compartir con nadie lo que ahí veríamos y me hizo prometerle que nunca haría un uso indebido del aprendizaje alcanzado. Mi cara de interrogación le dio a entender que no tenía ni la más remota idea de lo que él me refería.

“¿Has meditado? ¿Has practicado yoga? ¿Rezas?” Mi cabeza sólo negaba ante cada pregunta. “No sé por qué, pero a ti te voy a aceptar”, me dijo mientras me asignaba un asiento. Lo que nos enseñó viene en el libro Método Silva de Control Mental, después de

un tiempo, si se nos olvidaba lo aprendido, podríamos consultar el libro y recordaríamos fácilmente lo vivido, señaló. Yo estaba entusiasmada. La idea de tener memoria fotográfica o para recitar citas célebres, así como resistir los desvelos para seguir estudiando y poder trabajar en varios lugares a la vez, me resultaban muy atractivos.

Primero lo primero, aprendimos a respirar. Vaya, yo no sabía que respiraba mal. Tampoco me había dado cuenta de la facilidad con la que me distraía. Para nada lograba llevarle el ritmo al profesor, pues había momentos en que dejaba de escucharlo porque me quedaba dormida. Para colmo, alguien se levantó de su lugar y se empeñó en distraerme abanicándose justo enfrente de mí. Su sombra me distraía de ver la luz de la vela a la que aludían las instrucciones. Eso me molestó mucho, y tuve que reclamar cuando nos preguntó cómo nos fue.

Su respuesta fue un “Te me estás adelantando. A partir de mañana te vas a sentar junto a mí y por ningún motivo abrirás los ojos. Si alguien te molesta, levantas tu mano y sólo seguirás mis instrucciones”. El resto de los alumnos cuchichearon entre ellos y me miraron como bicho raro, incluyendo a mi amiga, que poco tiempo después de ese curso renunció al trabajo y dejó de hablarme.

Toda la semana que duró el curso aguanté dormir sólo un par de horas para cumplir con las exigencias de los últimos días de escuela junto con el cierre de edición de la revista y hacer mi labor de “monita recortera” (hacía síntesis informativa para un periodista). Fue una experiencia agradable y sorprendente. Si no lo veo, no lo creo, me repetía ante cada ejercicio. Terminé siendo la niña aplicada al entrar fácilmente en los estados requeridos, vivir con intensidad y contar a detalle la experiencia de cada momento. Recuerdo muy poco de lo sucedido, pero nunca olvidaré que conocí a mis guías y le realicé a un desconocido una curación a distancia.

Estaba sorprendida de lo que podía lograr con meditación. Aunque también salieron mis fantasmas emocionales, y a partir de ahí seguí yendo con ese profesor a recibir terapia Gestalt. Fueron años de crecimiento y oportunidades para elegir. En algún momento, me encontré en la disyuntiva de seguir en el camino del periodismo, cambiarme al área de diseño editorial o dirigirme hacia la psicología. Me resultaba sencillo dedicarme a cualquiera de esas labores, es más, hasta en la fotografía comencé a incursionar, me era sencillo aprender a usar los novedosos programas de diseño en computadora y tenía

sensibilidad en eso de dar consejos emocionales. Vaya que si tuve mis dudas, pero mi pasión estaba en el periodismo.

Me dediqué a éste por entero sin dejar de explorar mis pantanos emocionales. La meditación quedó en el olvido y me negué a incursionar en esos temas esotéricos, espirituales, espiritualistas, religiosos o como se le quisieran llamar. Elegí moverme entre la realidad y la emoción que provoca esa realidad. Me negué a seguir explorando las ventanas que se abrieron esa semana de meditación, más aún cuando nuevamente me sentí vista como la rara de la clase. No quise volver a pasar por esa sensación. Así, regresé a lo real, a lo práctico, a lo intelectual, a la fiesta.

...

En medio de la ruina, logramos vender la casa que nuestra madre nos dejara en herencia. Con mi parte pude irme a Querétaro junto con mis hijos a seguir esa idea de “tener una vida de calidad para los niños”. Dado que la casa la estaba pagando el padre de mis hijos, yo no tendría que pagar renta, y con ese gasto menos, lo que ganara en trabajos editoriales sería suficiente para dedicarles el tiempo que nunca había tenido posibilidad de darles y podría, incluso, ayudarme a restablecer mi salud.

A una semana de haber llegado allá, mi problema de espalda me paralizó y asustó tanto que salí a buscar dónde atenderme. Mi lógica me llevó al centro de Querétaro. Ahí busqué, pregunté y llegué a un consultorio que me ofreció sacarme adelante con un masaje. Algo me dijo que era lo que necesitaba. De hecho, generalmente he tenido buen tino para elegir médicos y tratamientos alternativos, así es que creí en mi buena racha. Acerté. Desde la primer sesión me sentí mejor y me creí eso de que tenía un grave problema de mi nervio ciático, así es que seguí el tratamiento hasta poco a poco irme dando cuenta de los movimientos que el terapeuta hacía en mi cuerpo para yo misma hacerlo y, así, avanzar en el proceso, pues él ya me había visto como clienta potencial para todo un año, cosa imposible de sostener económicamente, así es que yo misma tenía que ponerme manos a la obra.

Sin miedo y con cautela, también comencé a practicar los movimientos con mis hijos, que desde muy pequeños padecieron dolores de crecimiento. Luego, también con una de mis hermanas. Le platicué al terapeuta y, por supuesto, me regañó diciéndome que eso era peligroso, que si no sabía podría quedar paralítica o lastimar de manera importante a mis

hijos. No le creí, pero sí sabía que tenía mucho por aprender, pues sí que era una técnica dolorosa y debía practicarla de manera que el dolor valiera la pena.

Cuando vi cómo le daba el masaje a mis hijos y luego a mi hermana, no nos quedó duda de que yo podría aprender fácilmente, pero el hombre no quería enseñarme. Guardaba con celo su conocimiento, pues se cotizaba alto y ganaba muy bien con su técnica. Pero se “enamorado” de mi hermana, y creyendo tener una posibilidad con ella, me aceptó como aprendiz, pero más bien su objetivo era que sólo le ayudara a hacer su manual de estudio. Me dio mucha información sobre acupuntura, medicina tradicional china, anatomía, herbolaria y apuntes personales sobre su técnica, pero nada de eso se presentaba como un método que pudiera ser emulado. Me puse a investigar tratando de ponerle pies y cabeza a sus ideas. Cada día tenía más preguntas que respuestas y ni remota idea de qué es lo que él quería enseñar. Así, llegamos al acuerdo de una paga simbólica por armar su manual, incluyendo medio día de mi tiempo para permanecer sentada y callada sólo observando lo que él hacía para describir su método.

Era muy difícil entender lo que hacía. No me refiero a lo evidente. Yo misma seguía como paciente experimentando la fuerza de sus nudillos en cierta dirección, con determinado ritmo y en una rutina que se repetía cada vez. No era eso. Ahí sentada, yo veía que sucedían otras cosas en el cuerpo. Me daba cuenta de la veracidad de los canales energéticos, pues bien podía él estar tocando la espalda y tanto brazos como piernas tenían movimientos involuntarios casi imperceptibles a la vista.

A veces, él volteaba a verme y me preguntaba si me había quedado dormida con los ojos abiertos. Claro que no, sólo que mi mirada estaba debajo de la piel de la persona, siguiendo el camino marcado por los tejidos, ya fuera que se atoraran o se desprendieran de su nudo. Él me insistía en que veía que yo “veía”, pero eso no significaba que pudiera cambiar el orden de lo que me estaba enseñando y tenía que recordar siempre que ese método era cien por ciento físico. Que por algo él le había quitado cualquier rastro esotérico o místico. Ganar dinero era el objetivo primordial en ese espacio, y si yo seguía sus órdenes al pie de la letra me prometía yo también ganaría un buen dinero cada día. Me agradaron sus palabras, aunque no entendí a qué se refería con lo de esotérico y místico. ¿Cómo podría un masaje de rehabilitación física tener misticismo? Precisamente me atrajo su trabajo por lo práctico, sencillo, tangible e inmediato que resultaba ser.

Estaba maravillada de ver –y haber experimentado– cómo en una sesión una persona podría pasar de casi no moverse a salir caminando. A diario veía casos milagrosos, y poco a poco, también participé en esos milagros.

Creo que en realidad este hombre no tenía la intención de enseñarme. Sí quería su manual porque sabía hacer negocios con la técnica y decía haber vendido un curso completo para los entrenadores de un gimnasio. Pero era tan egoísta y tan malo para plasmar didáctica, que no lograba aterrizar ese plan. Calculo que me tuvo un mes dando vueltas entre libros, apuntes e internet cuando llegó una señora que no quiso que él la tocara, qué diría su marido de ella. Divertido por la escena, él le preguntó qué es lo que quería si él era el terapeuta. La mujer, muy decidida, me señaló. “Ella, ¿qué no dijo que es su colega?, que ella me dé mi masaje”.

Así era, con cada cliente me presentaba como una colega con quien intercambiaba ideas, ese momento no fue la excepción. Mientras la mujer se ponía un short que la enfermera le había prestado, él y yo salimos del consultorio. Yo tenía cara de asustada, pero estaba segura de que le pediría a la enfermera atendiera a la mujer; se supone que ella había sido su alumna, conocía la rutina y estaba entrenada para poder hacerlo, pero no. De inmediato me dijo “la señora no sabe que tú no sabes y tú sabes lo que sabes, así es que entra y haz lo que sabes hacer. Lo más que puede suceder es que se enoje, se levante y se vaya o que no nos pague o que no regrese. Ya veremos.”

Me puse mi cara curiosa de a ver qué pasa e hice lo que en ese momento supe hacer. Me tardé media hora, salí dejando a la mujer que se arreglara, esperamos en silencio que saliera sólo mirándonos. Creo que él pensaba era su oportunidad para romper el trato conmigo, pero cuando salió la mujer, pagó y preguntó por su siguiente cita. “¿Con el terapeuta?”, le preguntaron. “Claro que no, con ella”, me señaló.

En cuanto se fue, el jefe tomó su teléfono y se puso de acuerdo con quien fue su maestro de medicina tradicional china: a partir del día siguiente antes de iniciar labores yo iniciaría el estudio formal de las bases teóricas del masaje. En algún momento del día haríamos prácticas y yo tendría que seguir estudiando por mi cuenta. Si ya tenía una clienta, bien podría comenzar a atender a más.

Fui buena alumna, tanto que tres meses después fui despedida del lugar, no fuera a ser que me robara a los clientes, pero además sentía la amenaza de que yo distorsionara el

método, pues veía en mí habilidades que él no estaba dispuesto a incorporar en su consultorio. Él quería ganar más dinero, quería extender su negocio, vender franquicias y una persona como yo le estorbaba en el camino.

Fue difícil quedarme sin trabajo, a pesar de que me explotaba, pues el trato era el de invertir medio día en un intercambio de aprendizaje por trabajo y el otro medio día con pago mínimo, apenas para transportes y comida. Se suponía que en poco tiempo podría considerarme una empleada de tiempo completo con pago de profesional, pero ese día nunca llegó.

Su estilo fue desaparecer para no darme explicaciones. Es más, puedo decir que ni siquiera me despidió. Fui yo quien “abandonó” el trabajo luego de recibir la advertencia por parte de la secretaria de que si me quedaba a trabajar ese día, muy probablemente cuando regresara de comer, se habrían robado el equipo terapéutico de mi consultorio, de lo cual yo tendría que responder ante ministerio público. Creí que era una broma y luego de sus palabras como respuesta a mi saludo de llegada, entré a mi lugar de trabajo. Justo ese día había llegado 15 minutos antes de mi hora de entrada. Ahí sentí un vuelco en el estómago y la necesidad de salir corriendo, sin decir nada, porque sabía que de no hacerlo, en pocos minutos algo muy malo me sucedería. Tomé el tiempo necesario para escribir en una hoja un recibo de entrega que le hice firmar a la secretaria donde constaba que ese día a esa hora me estaba retirando del lugar dejando completo el mobiliario y equipo que se me había asignado. La mujer no cabía en su sorpresa y me firmó la hoja. Literal, salí corriendo.

Por la tarde, la mujer me habló para platicarme que sus palabras habían sido una broma que se le ocurrió, pero que pocos minutos después de que me fui, llegó la entonces recién contratada administradora para pedirle retirara ciertos objetos de mi consultorio y que después hiciera un inventario. En respuesta, le entregó mi lista, pero la mujer ni la vio, sólo le insistía en que le firmara un escrito donde constaba que faltaban ciertos objetos que ella misma se apresuró a sacar, a lo lejos le gritó que en cuanto yo llegara le avisara para llamar a la policía, pues debía iniciar una investigación. La secretaria le dijo que eso no se iba a poder porque ya antes me había firmado a mí justo la entrega del consultorio con todos los objetos que ahí se encontraban. Dice que llegó una camioneta a donde subieron equipos y mobiliario, la despidieron y cerraron el lugar.

Durante varios días estuve asustada. No supe por qué. A diario le marqué al hombre para saber qué bicho le picó, pero mantuvo su teléfono apagado. La secretaria tuvo a bien llevarse la agenda de clientes, le llamó a algunos que sabía pedían por mí para su masaje y les dio mi número. Tres de ellos me buscaron, y los tres llegaron a platicarme que el lugar estuvo cerrado varias semanas. Cuando abrieron, les llamaron y pusieron énfasis en desacreditarme. Ni ellos ni yo entendimos qué pasaba, pero en charla bien aderezada todos hablaron de envidia, celos y malas vibras desde la llegada de la “administradora”. Sin mucho esfuerzo recuerdo el vuelco en mi estómago. La necesidad de salir corriendo. La importancia del escrito. El dar las gracias. El no tocar ningún objeto que no fuera el escritorio para ocupar pluma y papel. Recé durante el camino de regreso a casa. Pensé en mi madre y le pedí su protección. Me cuestioné por qué no podía seguir ahí si prometía que podría mejorar mi situación económica y podríamos vivir bien en Querétaro. Pero no. A partir de ese momento llegó la debacle. De nuevo nos fuimos a la ruina, a vivir en pobreza extrema, llegaron esos días en que no tuve ni para la comida. Gracias a la ayuda de mi hermana menor pudimos sobrevivir unos meses.

Cuando salí de ese lugar y comencé por mi cuenta a dar los masajes, lo hice introduciendo cambios inmediatos en la búsqueda de mi propio estilo. Sin dudar, ponía atención a las necesidades y dictados de los tejidos... los veía y escuchaba. Mi primera experiencia sensorial fue con un hombre de 60 años, hacía un año que iba cada dos o tres semanas a que le dieran masaje en su pierna. A mí me tocó pasarle el láser a su pie, pero como es mi costumbre, no pude quedarme sólo viendo, así es que comencé a moverle algunos tejidos y se hizo mi cliente desde el consultorio. Decía que no era lo mismo cuando yo le pasaba el láser.

El asunto es que me fui por la libre con él y en algún momento ya me encontraba diciéndole que me imaginaba que su pie se había quedado atorado en algo, ese algo se lo había fracturado a la mitad, y le señalé la línea. Me imaginaba que yo desbarataba la unión que había quedado mal hecha y volvía a juntar los tejidos. Mientras se lo decía, él comenzó a llorar y me platicó que sí, a los 8 años de edad, se le atoró la cadena de su bicicleta y estuvo a punto de perder la mitad de su pie. Me contó que le había dolido mucho la indiferencia de su familia ante su tragedia, que se ocuparon más por planear un día de campo mientras lo fueran a atender en el hospital, que salir rápido ante su susto

y dolor. Lloró con el sentimiento de un niño de ocho años recién accidentado. Cuando terminó su relato, me nació jalar su pie de una manera que nadie me enseñó, tronó como si se rompiera una vara, gritó en seco y vimos que su pie se enderezó. El hombre se puso de pie y vimos que lucía más alto, más erguido, menos dolorido.

Lo vi un par de veces más para terminar de acostumbrar a su pie a su nueva identidad. También a su cuerpo con su nueva postura. Me platicó de la nueva alegría que le había invadido. Retomó su guitarra, viejas amistades y pudo por fin recordar a sus abuelos. Me dio gusto por él. Sentí una gran sorpresa de mí misma. Repasé en mi mente una y otra vez lo sentido, lo vivido, lo dicho, lo percibido. Sí, yéndome por la libre se liberaron recursos que no sabía existieran, menos, que yo los tuviera.

Aún ahora me resulta difícil escribir sobre ello. Lo he platicado hasta con lujo de detalles a algunas amigas, pero escribirlo es distinto. Es raro porque han sido sucesos espontáneos, únicos, accidentados, irrepetibles, incontrolables. Si me los propongo, igual y no salen... en realidad, nada de lo que estoy haciendo actualmente me lo he propuesto. Veo cosas sin proponérmelo. A veces, con que me pregunten tengo esa respuesta. A veces, me escucho a mí misma diciendo cosas que nadie me ha preguntado. A veces, me veo a mí misma haciéndole de adivina. A veces, sé cosas que también sé no debo decirlas, sólo que las sé para entender algún proceso corporal y poder resolver. A veces, ni veo ni escucho ni siento nada que no sea descontracturar y acomodar algún tejido. A veces, me veo recomendando hacer un ritual que yo misma no haría. A veces digo cosas que si a mí me las dijeran dejaría de ver a esa persona ante su falta de cordura. A veces. Si un día me decidiera a hacer un altar, sería para mi madre. Simplemente sé que ella me cuida a mí, a mis hermanas y a todos sus nietos y nietas. Mucho de lo que sé en percepción ella me lo ha enseñado. Una noche me regresó a mi hijo cuando se había quedado dormido de regreso de la escuela y se había perdido en Querétaro. Le pedí a mi madre guiara sus pasos y, casualmente, mi hijo se encontró con una mujer que lo llevó a un lugar conocido hasta regresar a casa. Un día le pedí me protegiera de un asalto con arma de fuego, los ladrones cambiaron de opinión y no nos robaron. A mi madre no necesito rezarle ni dedicarle una meditación ni ponerle un altar específico. Simplemente miro una foto que yo misma le tomé y platico con ella.

De mi madre he aprendido mucho a partir de que se fue. En vida tuvimos nuestra época de hermanitas Rigual, ella Susana y yo, igual; por eso, fuimos mutuo dolor de cabeza, pero desde otro horizonte es el Ser de luz que ilumina mi camino. Sé que no está de tiempo completo pegada a mí, tanto como sé que en cuanto la evoco se encuentra a mi lado. Tampoco es que ahora apruebe todo lo que hago, a la humana, aún me ve con ojos de “te estoy mirando”, pero al estilo soy iluminada, sé que me entiende mejor que yo misma.

Lo mejor de todo es que difícilmente ella misma se vería puesta en un altar. Nuestra relación es más casual. Nuestra serenidad es menos formal. Nuestra conversación es más espontánea. Así, me alegra que ni somos wicanas ni mexicanistas ni católicas ni cristianas ni devotas ni espiritistas ni espiritualistas ni chamanas ni curanderas... En realidad, ignoro si somos algo que pudiera definirse como una identidad. Mejor así nos quedamos para poder atestiguar las opiniones de los demás sobre sí mismos buscando descubrir sus propios caminos.

Caminos que yo también sigo descubriendo, a veces con mi madre, a veces con Hannah, mi maestra. Sí, la que me encontraría en estado de meditación, y meditando fue que me la encontré, enseñándome las bases de lo que he debido saber en el masaje. A lo mejor hay escuelas que lo enseñan, pero a mí me tocó aprender a hacerlo mientras lo hacía y entenderlo mientras lo entendía, ¿me explico? Ya luego, el tiempo me enseña libros o teorías que sustentan ese conocimiento (que a mí me da flojera definir). Con Hannah hacer terapia se volvió fácil, es simplemente llevarlo a cabo. No tengo que proponerme nada, los tejidos dicen si quieren o no ser tocados, si pueden o no reaccionar, si quieren o no cambiar. Ella me enseñó que no se trata de mí, si no de la persona que está dispuesta a que yo la toque, siempre se trata de ella, yo sólo presto mis manos y mi energía. Soy canal, como dicen. Soy mediadora, se considera. Soy un medio para un fin. Sólo soy yo.